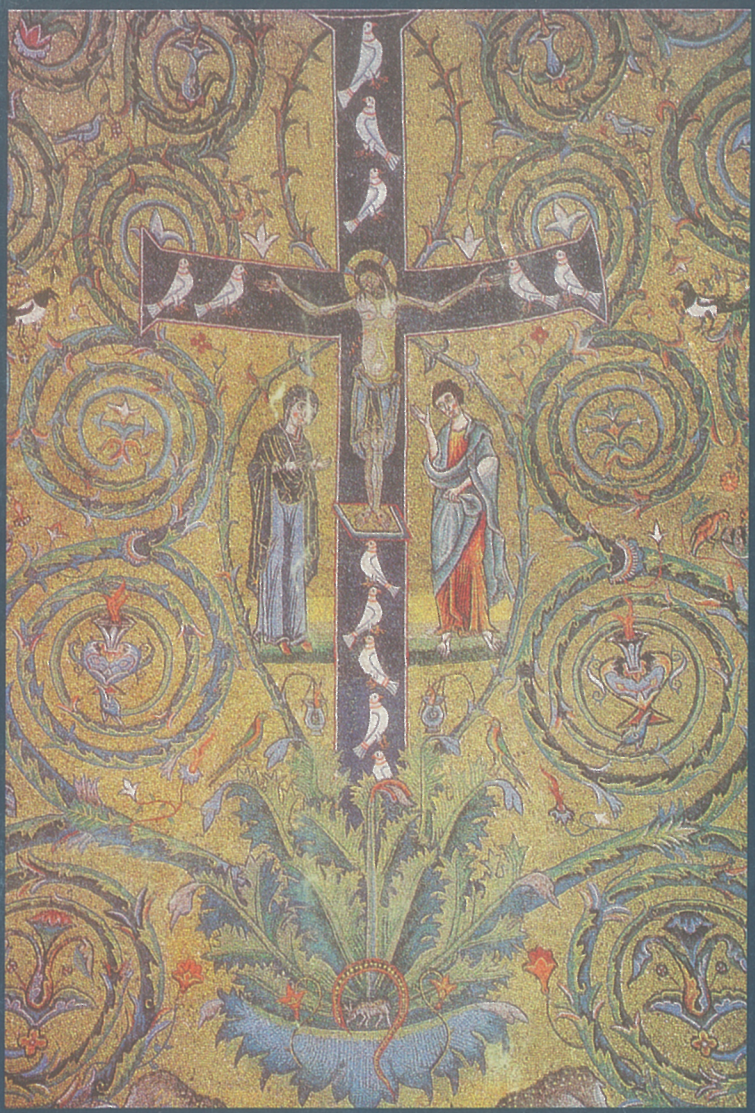
P. Joaquín Alliende Luco



Plegarias de hijo



P. Joaquín Alliende Luco

Se inicia trabajando con jóvenes universitarios en la crucial década del sesenta. Más tarde, en encuentros a carne viva, se deja alumbrar por la religiosidad popular siendo Rector del Santuario Nacional de Maipú, Chile. Sirve sacerdotalmente a matrimonios y familias. Dedica años a la pastoral de la mujer en un tiempo de cambio arduo y promisor. Una y otra vez, se funden aguas de dos vertientes: palabras poéticas y meditación teológica. Es Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua y Correspondiente de la Real Academia Española. Por varios períodos ha sido miembro del Equipo de Reflexión del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), Bogotá; y de la Comisión Teológica de Constitución y Fe del Consejo Mundial de Iglesias, Ginebra. Participó como perito en las Conferencias del Episcopado Latinoamericano en Puebla y Santo Domingo. Tiene amplia obra literaria y de teología pastoral en América y en Europa. Ha escrito textos para cantatas, misas y canciones que interpretan la Orquesta Sinfónica de Chile, la Filarmónica del Rin, la Orquesta de Cámara de Chile y otras agrupaciones.

Nace en Santiago de Chile (1935). Es ordenado sacerdote en Friburgo, Suiza (1961). Pertenece al Instituto Secular Padres de Schoenstatt.

P. Joaquín Alliende Luco

Plegarias de hijo

EDITORIAL
PATRIS

Ilustraciones de la portada e interiores: Mosaicos del ábside de la Basílica de San Clemente en Roma, siglo XII.

© Editorial Patris S.A.

José Manuel Infante 132, Providencia.
Fono/fax : 235 8674, 235 1343.

EDITORIAL
PATRIS

Número de inscripción: 98.986

ISBN: 956-246-157-2

Diseño y diagramación:
Ana María Valenzuela C.-Isabel Vergara S.
Impreso por: AMF Molina Flores S.A.
Sistema de impresión electrónico / **AMF Impresión Variable.**
Primera edición 500 ejemplares.

Santiago, Chile, Marzo 1997

"Hay sólo una tristeza verdadera,
la tristeza de no ser santo".
León Bloy

si la oración es regalo
de la Paloma de Fuego
y es música aprendida
en una pequeña escuela
de muchas ventanas...
este libro pertenece en sus páginas tangibles
al padre José Kentenich, a mis otros maestros,
a cuantos yo algo tararié al oído
y a quienes he prestado con temblor
mi voz de creyente

Indice

	pág.
A modo de prefacio breve	11
Trinidad, casa mía	13
(misterio de la morada)	
El trampolín del miedo	15
Casa mía, arrópame	17
Anda un niño sobre el mar	20
Imploración	22
Victoria del Padre	24
Por este amor	26
Porque a ti te amo	28
Abbá, Amén, Abbá, Aleluya	32
Adoración	35
Letanía de gracias	37
Alma	44
Quererte en Dios	48
Salmo de América	52

Abrazar, Jesús, tu Árbol 63

(misterio de la redención)

Quiero abrazar tu Árbol 65

Aún no, Maestro 68

¡Cumple! 69

Oración de un enfermo crónico 72

Insomnio isleño 76

Y alegraré al mundo 82

No es el puerto todavía 86

Agradezco las tristezas 89

Hijo pecador 93

(misterio de la misericordia)

El hijo pródigo ha vuelto a pecar 95

El hijo pródigo era huérfano 102

Oración del pecador Zaqueo 107

Soy invencible 112

también los pecados 114

Miriam, sí, me voy contigo 121

(misterio de la Madre vestida de Sol)

María de la Nueva Alianza 123

Tu voz 132

La sirviente 136

Tu oído 140

Luz de relámpago 142

Velo de lepra 146

Cántico de María 150

Camino a la prima Isabel, María habla por la montaña 152

El rostro recordado 159

Virgen María, Madre Candelaria 161

Madre 163

María Semilla 165

María Raíz 167

María Oasis 171

Ríos del Negueb 175

Educa mi pobre corazón 179

Sí 182

Reina, en este altar 183

Acógenos, Misericordiosa 185

Los misterios del Rosario 187

Siempre me acompañas 194

Hija de Sión 198

Meditación 202

Madre de nuestra América 211

Niña de cielo y sangre **215**
(misterios de paternidad)

Te diré, hija 217

Miriam pertenece 219

Con la niña era su alma 221

Vaso del Rey 224

Dos monólogos de la madre sin marido 227

Peregrina 233

Gracias por el jazmín 235

La niña cielo 237

Vivo santuario 240

Cinco espejos 242

Besar su lanza 246

Buscando 248

Dolor de esposa 257

Canciones de la niña y de los montes 267

(leves entonaciones del valle y de la cumbre)

Vamos, Jesús peregrino 269

Reencendida 271

Pena, penita 273

Canción de cuna de Jesús cardiólogo 275

Canción de la niña adoptada en Rumania 277

A María de los Angeles en su bautismo 280

Ay, Bellavista, ay 282

Canción de la niña y la garza 285

La hija está lejos 287

Arrurrúes del pescador 288

Sol de Navidad 290

Girasol de Belén, cuatro rondas 292

Mil y Mil desde Belén 294

Burrito del monte Tabor 297

Cantarán en la cumbre de Sión 300

Colofón 305

A modo de prefacio breve

Estas son plegarias, oraciones. No fueron escritas ni seleccionadas como literatura. El parentesco común de estos textos es la fe puesta de rodillas.

¿Quién habla ? Un creyente, que lo es por misericordia de Dios. Quien ora es un sacerdote. Ha prestado el alma y las palabras a otros, a un gentío familiar.

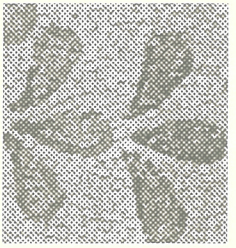
No pretende cada plegaria hablar a cada corazón. Alguna podrá ser un eco en alguien. Tal vez, otra sea valedera para un orante joven, para alguna comunidad que adora, o que busca alimentar con María el amor. En realidad, estas "plegarias de hijo" son unas ocasiones escritas, para que el Espíritu Santo, si quiere, pueda palpitar por la estremecida y robusta fe de la Iglesia, Esposa caminante de Jesús.

Hay voces y metáforas que se reiteran. Son hilos que atan, desde dentro, una oración con otra, aprietan la trama. Así, cuando se dice 'adelanto', 'cáliz', 'jazmín', 'peregrino', 'lanza', 'hija', 'herida', 'misericordia'.

Si por aquí transita algo de vida para el mundo, algo de gloria a la Trinidad, ya es abundancia.

El autor
Bellavista, l8 de octubre de 1996





Trinidad, casa mía

(misterio de la morada)

El trampolín del miedo

"el que tiene miedo

no ha entendido el amor"

¿y si el miedo

me abraza por la espalda?

¿y si no alcanzo

a verle los ojos

y me aprieta?

¿quiere decir que no te amo?

No. Tú sabes que te quiero.

Amarte temblando,
temiendo la oscuridad,
es más exigente
que quererte entre sonrisas.
Te amo y el miedo
no me secará el corazón.
El miedo será el trampolín
para saltar a tus brazos, Padre,
y ahí, apretado contra tu pecho,
el miedo será una brizna,
será un olvido,
sólo tú, fuerte, cálido,
para siempre.
Sólo tú, torre mía,
montaña mía,
Padre, ¿a quién temeré?

Casa mía, arrópame

Padre, Hijo, Espíritu Santo:
Casa mía en el extremo,
Trinidad Santísima,
tú me desalojas de las torres húmedas
y de todo paraje ausente
de tu propio calor nocturno.
Con viento me alargas el exilio,
hasta que mi mano roce
la aldaba de tu puerta.

Padre amador del Unigénito,
Hijo besado en su entraña eterna,
Espíritu, nudo de la Libertad Infinita,
Dios Uno y Trino, Corazón antes que todo fuego,
Casa verdadera aún lejos de la patria,
dentro de ti levantas como alondra
mi corona de niño herido;
bajo el manto de tu bóveda pacífica
puedo beber la copa
de hermano de todos los mendigos.

Casa azul, techo de nogal sincero,
invicto muro, leche temprana,
cimiento anterior al primer monte,
Casa mía viva dentro de mí,
lámpara fiel aguardando mis retornos,
Casa de latidos,
abro hoy tus ventanas
para que sonámbulos y desnudos

aniden en las cuerdas de tu cítara.

Casa de misericordia,

con el pie de María Peregrina

cruzo el umbral de tu imperio;

Casa mía, arrópame,

recíbeme en mi tiempo,

Trinidad Viva.

Anda un niño sobre el mar

(Pedro anduvo sobre las aguas)

No mires el pez ni el alga,
ni la cresta del oleaje,
apenas la gaviota;
como un mendigo en la mañana,
sólo atento a esas nubes rápidas,
nunca pensando en tus pasos,
nunca detenido en tu peso,
ni en la levedad del agua.

Pedro, caminante sobre el mar,

apresúrate con tu frente

suspendida de los hilos del aire,

sin preguntar por las islas...

pues renacer niño en el Reino,

ser hijo del Padre de Jesús,

es vivir sin ancla ni quilla,

sin otra certeza que el Puerto

y la silenciosa compañía

de la mano invisible, tibia e inasible.

Así, entre la agitada espuma,

absorto en la confianza,

te crece un velamen recio

por los hombros,

el Viento te abraza con su alma de gozo,

dejas una estela como tendido arcoiris de paz.

Imploración

Nuestro ven en el ven de María:
¡Ven, Espíritu de Amor, ven!

Átanos al Padre y su Cristo Profeta
y úrgenos con su herencia ardiente.

Irrumpe en esta temerosa familia
con el rayo solar de tu Cenáculo.

Transfórmanos con tu fuego sin tiempo
para servir a la Iglesia Hogar.

Ven y apresura nuestra sangre
para construir la casa de todos.

Envíanos en el vigor de tu Viento
para dar paz al anhelo del mundo.

Danos la humildad de María la Virgen
para velar por tu creación como jardín nuevo.

Nuestro ven en el ven de María:
¡Ven, Espíritu de Amor, ven!

Victoria del Padre

Las nubes se disipan
y tu rostro amanece para mí;
tus ojos se abren como las ventanas benignas
y entro para navegar con toda mi vida
por tu sangre;
viajo en silencio de paz,
balbuceando todo,
sin esconder ya nada,

todo te lo despliego como flor,

tu corazón es mi puerto,

me has vencido, Abbá,

derrotado de mis miedos,

sonrío

y mi sonrisa es tu corona,

Padre victorioso.

Pero también yo te desarmo.

La llave que descorre tus cerrojos

es la entrega de mis cinco llagas,

aquí están para siempre,

eres mío y nada podrá ya turbar

este gozo:

eres mío

y te pertenezco

como la pupila de tus ojos,

como la pequeña corona

de tu corazón vencido.

Por este amor

"Así en la tierra como en el cielo",
imploró Jesús, tu Hijo Predilecto,
así en la tierra como en el cielo,
hágase, Padre, tu voluntad,
así en la tierra como en el cielo,
hoy tu voluntad es el amor,
aquí en mi alma como en el cielo,
habitas Padre de la Santa Trinidad,
aquí en mi alma, como en María,
amas en el Espíritu de tu Predilecto,
aquí en mi tierra como en tu cielo,

tu Espíritu Paráclito ama en mí,

aquí en esta tierra que será cielo,

he conocido el amor y creo en él,

ya en este valle de lágrimas,

me acercas tu cielo victorioso,

ya en este valle de lágrimas

di mi corazón como tienda,

morada provisoria en el Tabor,

ya en este valle de lágrimas

un hijo tuyo tiene en mí su hogar,

ya en la tierra como en el cielo

este regalo de amor es un monte,

por este amor, Padre de Jesucristo,

desde el Tabor subo al Calvario,

por este amor, Padre del Reino,

lucho y alabo tu nombre,

por este amor, Padre Nuestro,

camino hacia tu morada bajo la cruz.

Porque a ti te amo

"Aunque la higuera
no echa yemas
y las viñas no tienen fruto,
aunque se acaben las ovejas
del redil,
yo exultaré con el Señor,
me gloriaré en Dios mi Salvador".
(Isaías)

Aunque se moje mi pan

con el barro sorpresivo de un aluvión

y mi tejado se desplome en el frío,

aunque se rompa mi honor
en la plaza
y pierda mi riqueza como sombra
en un país extraño,
aunque enferme mi cuerpo
y se deprima mi amanecer,
yo exultaré en el alma de mi alma,
yo me gloriaré en Dios mi Salvador.

Me gloriaré porque te amo a ti, Señor.
Yo no adoro la yema de la higuera,
ni los racimos del viñedo enrojecido,
ni las ovejas, ni las cosechas rezumantes,
ni la aceituna del olivo de plata.
Yo te amo a ti, Señor,
y exultaré siempre tu nombre,
Dios vivo.

No adoro la torre construida de materiales fugaces,
ni la compañía, ni nuestra justicia de greda,
ni el cobijo, ni nuestra nebulosa verdad,
no adoro el brillo de las diademas,
ni los graneros como vasijas,
ni los claros abiertos
del bosque.

Porque en tus dones
tanteo en la oscuridad tu mano,
porque en tu consuelo
descubro tu rostro de Padre misterioso,

porque en tu pan de maná cotidiano
miro tu corazón como encinar fragante,
y en mi alero presiento tu manto invisible,
porque en mi deshonor
me brilla tu esplendorosa gloria,
y en mi desamparo de abandono,

me aprietas contra tu pecho intangible,
porque mi salud es llama titilante
y mi alegría va y se esconde
como un soplo del corto mediodía,
porque tu Aliento siempre respira en mí
cual celoso centinela nocturno,
porque a ti te amo,
exultaré tu nombre de Padre
en la desnudez y en la humillación,
en la congoja y la sequía,
en la soledad, en la inseguridad de los abismos,
porque a ti te amo en el Espíritu infatigable,
al morir me gloriaré
de tu Hijo Jesús, resurrecto para siempre.

Abbá, Amén, Abbá, Aleluya

(Abbá significa "papacito" en arameo. Jesús lo pronunció en Getsemaní. Mc 14, 36)

Loado seas Abbá estrechando antes del tiempo,
al Hijo Palabra en el beso del Espíritu Amor.
Alabado seas por cada paso de cercanía
para allegarte en los surcos del pueblo de Israel.
Alabado por cada címbalo y cada gesto de dulzura tuya
en la variedad de las naciones de la historia caminante.
Loado seas por el primer Abbá libre y audaz,
el Abbá de la niña jazmín, Miriam inmaculada.

Alabanza sin fin por el instante secreto
cuando Jesús niño descubrió esa palabra translúcida,
para revelarnos la entrañable intimidad
de tu terneza por el hombre.
Alabanza por la confidencia de Getsemaní,
cuando el Señor Jesucristo,
tumbado en tierra y sudando sangre,
volvió a escoger el Abbá de calor y de obediencia.
Alabanza a ti eternamente,
porque el río doloroso "¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?"
- "¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?"-
desembocó en el océano tranquilo del "todo está consumado,
Abbá, en tus manos encomiendo mi espíritu".
Alabado sea tu nombre,
por el Paráclito que gime
y grita desde el alma diurna y nocherniega
de esta familia de romeros,
clamándote: Abbá, Amén, Abbá, Aleluya,
Abbá Nuestro. Amén.

Abbá, Aleluya, con el coro de los ángeles y de los santos.

No se haga nuestro querer sino tu voluntad,

Abbá de todos los hijos en el Hijo,

Abbá de Miriam y de todos nosotros pecadores,

ahora y en la hora de nuestra muerte.

Adoración

¿Para qué contar la historia
a tu oído?
Nadie habla con su misma respiración,
nadie copia al poeta su propio verso.
Sólo mirarte, Jesús,
sólo espejarme en ti,
sólo adorar en tu pupila
y respirar tu tiempo,
sólo agradecer tu abrazo,
desapareciendo en tu pecho herido.
La carretera agita los rumores,

el pájaro lanza una clarinada alta,

el perro ladra al aire lejano,

la abeja rodea el vaso del néctar,

la cordillera alza la nieve

como una hostia al Padre,

en la casa junto al monte

se detienen el camino y la abeja,

el colibrí encuentra al Amo del néctar

y al Árbol de la Vida,

vuela la Paloma en un Pentecostés de Fuego.

Letanía de gracias

Padre, todo lo tuyo es mío,

tu mar, toda la luz y el río.

1. Gracias,

mía la azul cordillera;

gracias,

mío el verdor de la higuera.

Gracias,

mía la mañana y su gozo;

gracias,

mío el frescor de tu pozo.

Gracias,

mío el jazmín de tu mano;

gracias,

mío tu sendero temprano.

Gracias...

Padre, todo lo tuyo es mío,

tu mar, toda la luz y el río.

2. Gracias,

tuyo mi sudor en la fragua;

gracias,

mío el vigor de tu agua.

Gracias,

tuyo mi temor y mi espanto;

gracias,

mío el poder de tu manto.

Gracias,

tuyo el dolor de pecado;

gracias,

mío tu amor desangrado.

Gracias...

Padre, todo lo tuyo es mío,

tu mar, toda la luz y el río.

3. Gracias,

tuya nuestra hambre de cielo;

gracias,

nuestra tu sonrisa sin velo.

Gracias,

tuyo nuestro 'ven' en el llanto;

gracias,

nuestro el calor de tu manto.

Gracias,

tuyo nuestro vivo santuario;

gracias,

nuestro tu Belén Campanario.

Gracias...

Padre, todo lo tuyo es mío

tu mar, toda la luz y el río.

4. Gracias,

por la luz de la amapola;

gracias,

por el fiel volver de la ola.

Gracias

por tu Arcángel siempre alerta;

gracias,

por tu entraña siempre abierta.

Gracias,

por el Buen Pastor, tu reflejo;

gracias,

por poder mirarte en su espejo.

Gracias...

Padre, todo lo tuyo es mío

tu mar, toda la luz y el río.

5. Gracias,

por Jesús, mar de tu fuego;

gracias,

por su cruz, fuente del riego.

Gracias,

por el Corazón traspasado;

gracias,

por el Manantial del Costado.

Gracias,

por enviar tu Espíritu Santo;

gracias,

por Pentecostés y su canto.

Gracias...

Padre, todo lo tuyo es mío

tu mar, toda la luz y el río.

6. Gracias,

por la Madre Inmaculada;

gracias,

por iluminar su mirada.

Gracias,

por latir tu Cristo en María;

gracias,

por ser ella puerta y vigía.

Gracias,

por el caminar de la Iglesia;

gracias,

por su copa frágil y recia.

Gracias...

Padre, todo lo tuyo es mío

tu mar, toda la luz y el río.

7. Gracias,

tuyos toda paz, todo riego;

gracias,

tuyo el combate de fuego.

Gracias,

tuyo el fulgor de tu signo;

gracias,

tuyo destronar al Maligno.

Gracias,

tuya cada flor del desierto;

gracias,

tuyo el banquete en el Puerto.

Gracias...

Padre, todo lo tuyo es mío

tu mar, toda la luz y el río.

Alma

Un cuerpo sin alma
es un cadáver que hiede
o es un monigote que gesticula.
Las vitrinas, los periódicos
son un cementerio
de cuerpos de mujer,
sexos sin amor,
hieráticos, detenidos,
sin alma y sin Espíritu Santo.
Si la mujer se hace cadáver
pronto mueren los pueblos.

Ella tiene vocación de alma,
vocación de María
que dio alma a la carne de Eva.
Si la mujer pierde su alma,
toda la carne del mundo se pudre.
Si la mujer
no anima los cuerpos,
la ley de gravedad
los lleva como un meteoro
a la tumba.

Hay cadáveres que deambulan,
que bailan y sonríen como pájaros.
En el mundo hay una fila de cadáveres
sin almas.
No hay que escandalizarse y rebelarse
sólo por Auschwitz, Dachau,
Gulag, el Tibet,
Biafra y Vietnam

y todos los crematorios
de Hitler, Stalin, Amin o Mao.
Tenemos torres de cadáveres
en todas las esquinas y cines,
los cadáveres viajan cómodamente
en aviones,
se bañan en las playas templadas,
los cadáveres usan desodorante,
y se amortajan con pieles.
Los cadáveres saludan cortesmente
a los ministros...

Sin la mujer mujer,
la industria de armamentos
será la manía del mundo,
sin ella
se organiza el ajedrez trágico de la guerrilla
y la represión oscura de las policías sin moral.
Sin la mujer mujer,

el mundo es una guarida
de locos desalmados.
María dio alma a la fiesta
en la boda de Caná
porque miró la necesidad de alegría
en el corazón de los novios.

María fue alma inmaculada
de su cuerpo,
alma llena del Espíritu Santo.

María imploró en el Cenáculo
ese Espíritu Santo que es el Alma
del Cuerpo de Cristo,
Alma Increada que vivifica la Iglesia
y la hace respirar y latir
y caminar hacia el Padre.
¡Espíritu de Cristo,
Alma, ven!

Quererte en Dios

(adorar la Trinidad en tu sangre)
(3 x 3 x 3 = 27)

1 Ante la casa de tu libertad
quitarme la sandalia,

2 desde el Mar sin umbrales
traerte rocío cada aurora,

3 agradecer tu estupor,
vendar tu herida.

4 Escuchar de pie la verdad
y hablar sí, sí, no, no,

5 compartir los clavos
y el río de la Pascua,

6 acoger tu alma
como a un niño dormido...

7 encontrar tu bautismo regio
en la niebla cotidiana,

8 levantar en tu historia
la espiral de mi incienso:

9 adorar en tu sangre
la Trinidad infinita.

10 Por las cosas del Padre
perderme de ti,

11 hundiendo tu vida y la mía
en el Costado Abierto

12 y quererte cada tiempo
en la fiel brisa del Espíritu...

13 recibir a Jesús
en tu corona de púas,

14 desvelar al Resucitado
en tu festejo,

15 alabarlo con música
en tu barca;

16 mirar la Inmaculada
en tu voz de lucha,

17 recibir su ternura
en tu clemencia,

18 custodiar su victoria
en tu jardín;

19 nutrir tu audacia de fe
con prisa de la Iglesia santa,

20 cargar todas tus sombras,
sostenerte el mástil de la patria

21 y atesorar tus respuestas
entre las cifras de paz...

22 limpiar mi culpa
en el arcoiris de tu alianza,

23 desde el Tabor ya en sombras
expiar contigo tu pecado,

24 ser argumento en tu esperanza
y aceptar el día de tu muerte;

25 agradecerte y perdonarte
tal como el Pastor me busca,

26 con un alegre vino de Caná,
quererte en Dios,

27 ensayar ya el cielo en el camino:
en el Dios Trinidad, quererte.

Salmo de América

Jesús, Evangelio del Padre,

Jesús, hermano y pastor,

Jesús, Hijo de María,

Jesús, danos el Amor.

"Pasará la flor, pasará el canto,

¿todo pasará?", pregunta en la noche el habitante

de la tierra de volcanes y del gran río.

Despunta el alba y llegas tú, Señor Jesús,
en la barca misionera.
Vienes, Evangelio Vivo del Padre,
a nuestra orilla.

Jesús, Evangelio del Padre,
Jesús, hermano y pastor,
Jesús, Hijo de María,
Jesús, danos el Amor.

Bienaventurados los pies del mensajero
que cruza selvas y desiertos
proclamando tu Nombre a todas las islas.
Bienaventurado el árbol de la cruz
plantado en nuestra América.

Jesús, Evangelio del Padre,
Jesús, hermano y pastor,
Jesús, Hijo de María,
Jesús, danos el Amor.

Palabra hecha carne
en la entraña de la Mujer Inmaculada,
flores y cantos pasarán,
pero tú no pasarás,
Dios y Hombre verdadero,
Señor de la historia y Salvador de los pueblos.

Jesús, Evangelio del Padre,
Jesús, hermano y pastor,
Jesús, Hijo de María,
Jesús, danos el Amor.

Brotan rosas en el frío del invierno
en Guadalupe,
el rostro mestizo de la Madre Reina
se queda en la manta del indio.
Agua sobre la cabeza del pueblo creyente:
Juan Diego es hijo por el bautismo.

Jesús, Evangelio del Padre,

Jesús, hermano y pastor,

Jesús, Hijo de María,

Jesús, danos el Amor.

Y tú, Cristo, Unigénito del Padre,
anudas la comunión de los redimidos,
hermanados en tu sangre;
y tú, Señor, nos congregas en tu Iglesia
construida sobre la roca de Pedro.

Jesús, Evangelio del Padre,

Jesús, hermano y pastor,

Jesús, Hijo de María,

Jesús, danos el Amor.

En nuestro cántaro de barro
llevamos el tesoro de tu Evangelio,
para saciar la sed

de los que buscan tu fuente de aguas vivas.
¡Alfarero divino, cuida de nuestra pobre arcilla,
mientras vamos por las sendas del mundo!

Jesús, Evangelio del Padre,
Jesús, hermano y pastor,
Jesús, Hijo de María,
Jesús, danos el Amor.

Palabra encarnada, respuesta amorosa del Padre
al clamor de los pobres,
multiplicas el pan en las manos de las madres,
recoges todo llanto en tu corazón abierto
por la lanza del pecado.

Jesús, Evangelio del Padre,
Jesús, hermano y pastor,
Jesús, Hijo de María,
Jesús, danos el Amor.

Buen Samaritano del prisionero y del enfermo,
enjugas el rostro del limitado y del anciano,
abrazas a los niños sin alero,
das vigor a los brazos y a las mentes fatigadas
que levantan ciudades
y dibujan ondas sonoras en el cielo.
Lavas los pies de tus discípulos pecadores
y los sientas a tu mesa de misericordia.

Jesús, Evangelio del Padre,
Jesús, hermano y pastor,
Jesús, Hijo de María,
Jesús, danos el Amor.

Desde el monte de la cruz
nos confías a tu Madre Santa:
los crucificados de América
en ella tienen consuelo y fortaleza.
¡Tú nos renuevas, tú nos guías, tú nos alegras,
Pastor bueno!

Jesús, Evangelio del Padre,
Jesús, hermano y pastor,
Jesús, Hijo de María,
Jesús, danos el Amor.

Caminas, peregrino del Padre,
en los pasos de tu Pueblo,
nos impulsas con tu Espíritu Santo cada mañana
a emprender de nuevo la marcha
por los senderos de esta tierra amiga
que el Creador nos encomendó.

Jesús, Evangelio del Padre,
Jesús, hermano y pastor,
Jesús, Hijo de María,
Jesús, danos el Amor.

Tus ángeles combaten con nosotros
contra todos los enemigos de tu verdad;
y en el largo desierto,

eres pan de los caminantes, maná de la Nueva Alianza,
mientras avanzamos esperanzados por tu promesa.

Jesús, Evangelio del Padre,
Jesús, hermano y pastor,
Jesús, Hijo de María,
Jesús, danos el Amor.

Tu gracia transforma el corazón de piedra
de hombres y mujeres en corazón de hijo,
en corazón de hermano y señor,
en corazón responsable para luchar por el Reino
de verdad y misericordia, de libertad y justicia,
de paz y reconciliación:
¡El Reino de tu amor!

Jesús, Evangelio del Padre,
Jesús, hermano y pastor,
Jesús, Hijo de María,
Jesús, danos el Amor.

Jesucristo, tú eres el único camino
hacia la casa del Padre,
tú eres ya hogar y fuego de nuestros jóvenes,
tú eres ya nuestro salmo de alabanza,
tú eres ya nuestra victoria.
Danos el gozo pleno de María
y de nuestros hermanos los santos.
Llévanos al banquete del Reino,
¡Ven pronto, ven, Señor Jesús!

Jesús, Evangelio del Padre,
Jesús, hermano y pastor,
Jesús, Hijo de María,
Jesús, danos el Amor.





Abrazar, Jesús, tu Árbol

(misterio de la redención)

Quiero abrazar tu Árbol

No puedo escuchar más
en Getsemaní tu soledad
y seguir dormido.

No puedo dejarte
caer tres veces
y no cargar tu leño.

No resisto que sangres en vano,
sin ninguna copa sedienta
bebiendo tu vida de salvación.

Ya no quiero temblar por mi astilla,
sí quiero abrazar tu Árbol
diciendo gracias a la misericordia.

Quiero ser Juan junto a tu pecho
y comer y beber y cantar
en la Cena del Jueves.

Quiero ser el Viernes tu Madre Virgen,
ser María rendida en tu obediencia de Hijo,
estar de pie bajo el trono de tu cruz.

Quiero ser Magdalena el temprano Domingo,
compartir en Emaús el pan de tu palabra
y mirarte subir al Padre en Galilea.

En Pentecostés, ebrio del Espíritu,
quiero con María, los Doce y las Mujeres,
partir urgido de Evangelio por el mundo.

Nunca quiero olvidar en mi día
que ya palpé tu costado abierto,
la lanza y los duros clavos.

No quiero más mi tibieza, Pastor,
sí, tu locura del Gólgota,
sí, morir por tu Reino.

Ya nunca quiero una noche
en la cual me llames y yo duerma,
Señor Crucificado y Glorioso.

Ya no quiero temer mi debilidad, Jesús,
sí, ser fuerte en tu Espíritu Paráclito,
sí, arriesgar con María el camino a tu Padre.

Aún no, Maestro

No me cambies la corona.

No me laves los escupos.

No me disuelvas el vinagre.

No me quites los clavos.

No me descuelgues del madero.

No me acortes la agonía.

No me regales paraíso,

si aún beben ellos de mi herida.

¡Cumple!

¿Por qué

se empecinan estos lázaros?

¿Por qué se arredran esas jóvenes

de nombre Tabitá, que quiere decir 'gacela'?

¿Por qué

les cautiva el hedor del sepulcro

y se niegan

a levantarse y andar?

¿Por qué

continúan el sueño invernal

cuando ya un renadío
les espera bajo el sol
y tú les aguardas con un portento
en cada brazo?

¿Por qué el miedo
y la catacumba
cuando tú nos llevas
la delantera
en la subida del Tabor?

Tú, Cristo Intrépido,
no aceptes la trampa,
no permitas que con tibio guante
cerremos tu lengua de profeta.
¡Vomítanos de tu boca!
Expúlsanos como una bilis
sobre la roca del monte;
que el sol del cenit nos aturda con luz,

nos arranque

de todas las galerías

que hace años hemos cavado.

¡No nos dejes yertos en la mortaja

de nuestros hermosos gemidos!

Prometiste, Señor,

vomitarnos de tu boca

¡vomítanos ahora! ¡Cumple tu palabra!

¡Vomítanos y seremos salvos!

Oración de un enfermo crónico

Nuevamente los dolores del cuerpo. Los mismos.
Los exámenes costosos,
el hospital pulcro, inmenso
como una fábrica de leche llena de sufrientes.
Comenzar todo cual la primera vez,
probar otra medicina,

ensayar otra gimnasia.
La enfermedad rebelde se apodera del tiempo.
Hay que retomar el aprendizaje
de vivir enfermo siempre.

Jesús del Huerto,
esta zozobra mía es poca,
esta soledad es poca,
y la sangre de hoy temprano en el laboratorio
es una gota sin número, es poca
si la mido con tu angustia
y tu sudor rojo en el Huerto de los Olivos.
Yo tengo aquí una cama
y sábanas limpias y manos que socorren.
Tú sudaste sangre solo y hoy también vives en carne propia
el abandono de pueblos, hoy estás sin medicina en Getsemaní.
Tengo aquí una cama. Tu Madre es mi enfermera.
Volveré a casa pronto,
pero continuará mi mal irreductible.

Jesús, yo guardo ahora el secreto
que me revelaste en los insomnios.
Soy el confidente de tu paciencia.
Entiendo mejor mi vida
y la historia de los hombres.

Entiendo la sonrisa de aquella mujer dulce
deformada por la artrosis:
"mi enfermedad es mi salvación", decía.
Entiendo cuán peligroso sería yo si tuviese salud,
cuán duro, cuán distante de ti,
cuán frío como hermano y padre,
aún más egoísta, aún más miserable,
aún menos hijo.
Gracias, Jesús, por el secreto,
gracias por ser un enfermo siempre enfermo.

Entiendo por qué me diste
entender tanto y amar e imaginar tanto,

y no poder nada desde mi hospital.

Entiendo que debo guardar silencio

hablándote serenamente

de tus heraldos,

de tus arquitectos, de tus jardineros,

de tus cosechadores, de tus cantantes.

Entiendo. Puedo tanto si ofrezco como eucaristía

esta enfermedad interminable.

Insomnio isleño

"¿Por qué hiciste, Señor,
mis noches tan largas?"

He tarareado la canción
esperando amanezca desde el mar.
Una fiebre me nubla los periódicos
y el tambor de las sienes
bate su dolor.

Insomne en esta isla,
doy pasos por mi cuarto crujiente,
despejo la ventana...
Los golpecillos en el cerebro no cejan,
son más tercos y rápidos
que el reloj de péndulo...

No quiero permanecer
en la orilla de la noche.
Voy contigo, Jesús,
a la más honda gruta.
Allí, ábreme
el cofre sepultado.

Frente al oleaje
rielado por la luna en Galilea,
nocherniego subiste los montes
orando al Padre.

Nocturno fue tu sudor de sangre
en el Huerto de Getsemaní.

El portento de la gloria,
ocurrió antes que despuntara
el Domingo del Tercer Día.

Exactamente ahora
es la noche de agonizantes y asaltos;
y es la noche de los esposos
en el misterio de una sola carne,
como tú y la Iglesia.

Ahora titila en lo alto del puerto
un astro límpido;
y en la calleja, el neón
de un prostíbulo.

Todo de noche.
Descansos que templan el vigor;
turnos de trabajadores
silenciosos por la fatiga;
pescadores que zarpan;
también, un cirujano

que palpa el vientre insondable
donde pulsa una vida,
como la tuya en la Virgen
bajo la noche de Belén.

Tu linterna y mi vigilia
me aproximan a ebrios,
ateridos, solitarios, hambrientos,
fugitivos, drogados, hampones.
¡Cuánto horror y congoja
más allá de este diminuto cerebro!

Me señalas los niños
que reposan en una casa azul
junto a un arlequín y un monarca de felpa.
¡Cuántas columnas tuyas
sostienen el alero de aquel sueño!

Tu faro es un puente sobre el mar,
alcanza los monjes
que vi sonreir tras la nieve.

En la cartuja de Vallsainte,
apenas dos bordes de paz
inician ahora el canto de maitines:
"Señor, abre mis labios...
y mi boca proclama tu alabanza".

Extiendes el brazo para indicarme
el globo del mundo:
en las antípodas de mi isla,
a este vuelco del péndulo, atardece.
La Eucaristía de esos cristianos
me envuelve.
Allí muero y resurjo contigo,
Dios y hombre verdadero.

Con mi insomnio pude
quedar aislado en mi fiebre.
Tú me rescataste.

Me otorgaste consagración de hermano
y sacerdote.

Alzo el cáliz de toda esta oscuridad
hasta el sol
de tus Cinco Llagas resucitadas.

Señor, Jesucristo,
Cordero de Dios,
en ellas expío
nuestros besos de Judas,

alabo la multitud de los dones del Padre
y me hago fuerte
para trabajar la tierra bien
en el día que se acerca.

Y alegraré al mundo

Quiero ser alegre
y la tristeza es una noche sin fin
que me retiene.
Mi corazón se aleja
y se turba, Señor.
Me canso de luchar y construir.
No quiero temer y tiemblo.
Tu victoria sobre el mundo,

se me oculta
y la voz de la casa del Padre
me parece un eco muy remoto.

Jesús, desvélame tu rostro,
muéstrame tu presencia
más próxima que mi sangre,
y tendré el gozo del peregrino nocturno
que te escucha caminar en sus propios pasos.

Ven y vamos en la barca mar adentro.
Y, si lo deseas, duerme en la proa,
pero mientras callas,
dame oir tu respiración entre el oleaje.

Ven con María.
Visítame con ella
como a la prima Isabel
al comienzo de tu historia.

Que María te porte
presurosa por la montaña
y me despierte y salude.

Que ella te aúpe
sobre las cumbres oscuras
y prenda tu sol
en mi valle de lágrimas
y se haga la luz.
Que ella conmueva,
hasta un salto de gozo,
al niño que dentro de mí envejece.
Que me enseñe su Magníficat
y la serena sonrisa de su alma,
con la que te acompañó de pie
junto a tu cruz
y reflejó la gloria de tu resurrección.

Manifiesta tu cercanía, Señor, y alégrame.
Enviáme tu Santo Espíritu
para descubrir en tu corazón traspasado
el manantial del regocijo
y refrescar en él mi amor.
Tu Espíritu Santo sea en mí
certeza de tu fidelidad,
esperanza del retorno,
adelanto de la casa,
vigor para apresurar el Reino.

Jesús, Hijo del Padre,
resplandor de su rostro,
amanece con tu alegría
y, en tu nombre,
alegraré al mundo.

No es el puerto todavía

La felicidad es navegación,

aún no es puerto,

no es domesticar el mar con dos riendas,

no es pisar agua firme,

no es un jardín en la meseta,

la felicidad de los romeros es náutica,

es aceptar la vida entre las olas,

es vivir al ritmo de los vientos

y los tumbos,

es saber remontar

y caer

según la respiración del océano,

la felicidad es una historia

de barquichuelo loco,

pero con la manecilla de una brújula

que se clava certera en el corazón de Dios,

la felicidad es el arte de las velas

colgando la vida flameante al mástil de la cruz,

la felicidad es un canto en la bonanza,

es una mirada en barlovento,

es un ancla fugaz en la isla del oasis,

la felicidad es el arte de escurrir

la quilla en el peligro

y bambolearse con los ojos cerrados

sobre los abismos de la tormenta,

la felicidad es navegante,

es navegar contigo, Señor.

Agradezco las tristezas

Hoy agradezco las tristezas,
las horas de pregunta,
la oscuridad en el día.
Gracias porque la añoranza
muerde el tiempo,
gracias porque lo más hermoso
deja un hambre en el alma,
gracias por el dolor

del cáliz en el Huerto,

gracias porque mi cofre tembloroso

tiene vacía la entraña,

gracias porque el verano

jamás se detiene en su esplendor floral

y porque el otoño trae uvas

y las uvas deben ser trituradas,

gracias porque ningún amor

aquí nos deja hartos

y todo es un ensayo

y el gozo es provisorio,

gracias porque la tierra prometida

está más lejos que mi jardín

y mi bosque.

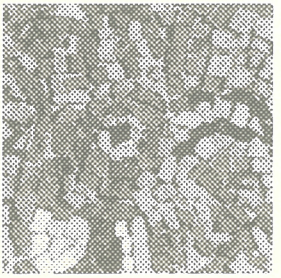
Gracias porque esta sed

me hace peregrino

hacia la única casa de tu Padre.

Gracias, Jesús.





Hijo pecador

(misterio de la misericordia)

El hijo pródigo ha vuelto a pecar

Tres veces tres,

cinco veces cinco,

he vuelto a dejar tu casa,

los castaños y el nogal.

Padre,

he partido al extranjero de tu corazón,

he vuelto a perderte a ti y todo

cuanto me regalaste,

todo tres veces tres,

cinco veces cinco.

En cada uno de estos exilios

talé mi bosque, fui desierto.

Apartarme de ti

fue descuajar raíces y hacharme el alma.

Ahora estoy nuevamente expatriado

ansiando comer las bellotas amargas,

tumbado entre los cerdos del amo déspota.

Ahora, Lucifer

me destila al oído

sus argumentos como aceite.

"Debes respetar a tu padre",

-reitera Lucifer melodioso-

"debes avergonzarte de tu pecado.

Ya has dilapidado su misericordia

cinco veces cinco,

seis veces seis;

tal vez nunca fuiste leal con tu padre,
sólo retornaste a su casa
para tener techo largo
y pan humeante bajo la mañana.
Sí, tú has jugado con su perdón;
tu lugar propio, tu madriguera,
es el establo de los cerdos;
por lo menos sé genuino
y despréciate, abomínate;
por respeto a tu padre
no retornes más a su casa enceguecedora de luz,
húndete en mi lodo tibio,
sepúltate en el ataúd de mi barro,
muere de soledad y asco, muere".

Padre mío, yo no olvido tu anillo áureo
honrando mi mano de hijo
después de mi primer retorno.
Padre, Padre, yo sigo tembloroso

con el primer abrazo, sigo en estupor
por cada abrazo de cada uno de los perdones,
de las seis veces seis que me acogiste.
La música de tus fiestas,
las danzas de tu gozo y mi gozo,
el gozo seis veces gozo
lo llevo en mi sien
como memoria indeleble y corona joven.
Padre, más reiteración que mi pecado
es el incansable mar
de esas olas de tu misericordia:
jamás dejan instantes vacíos
sin volver y volver y volver
a besar mi playa,
llamándome, bañándome y revistiéndome
de verdad y paz.

Tú, Lucifer, aléjate de mí, apártate necio.
Yo he conocido el corazón de mi Padre

tres veces tres,

cinco veces cinco,

seis veces seis.

Yo sé que cada retorno

fue fiesta mayor,

música de luna creciente,

más anillo de fuego perfumado.

Sólo quien pecó mucho,

retorna mucho,

como yo ahora vuelvo

cantando con las lágrimas de rocío

en mi desgarro,

con los harapos de mi repulsión,

pero cantando con voz de hijo,

siempre hijo en las fibras raigales del alma.

Voy a la casa de mi Padre,

sé que su corazón clemente

tiene locura de misericordia,

sé que perdona

seis veces seis,

y aún siete veces siete,

sé que abraza estrechando con ternura materna

hasta el despilfarro de setenta veces siete,

sé que como un volcán vigilante

irrumpe con ardor de entrañas

y los números del perdón explotan,

porque nadie puede contar las olas

del océano de su desvarío,

de su enloquecimiento por este hijo

que retorna a casa tambaleante,

seguro y destrozado en pena

pero cantando bajo el almendral:

"aquí estoy, Padre,

abrázame, límpiame,

aliméntame, vísteme, corónname

cántame tú".

Padre, nadie puede numerar

las olas de tu locura indulgente, nadie.

Padre, retorno para permanecer siempre.

Ya me tienes cautivo en tu clemencia.

Cántame tú, tú, cántame.

El hijo pródigo era huérfano

(habla al nacer su niña)

Sí, mi nacimiento fue la muerte de mi madre,
sí, se apagó su leche antes de brotar,
sí, no vio mi rostro ni mi nombre
y mis dedos no recorrieron sus ojos.
Sí, pudo mi madre haberme desvelado tu secreto
o levantarme hasta tu torre,
y no me confidenció y no me alzó.
Sí, yo partí, padre, de tu casa, buscando entenderte,
sin saber que la caricia materna era la llave perdida.

Hoy nació mi niña. Escuché su vagido
entre las ramas del laurel.
Hoy inauguré mi beso paterno en ella.

Padre mío, hace mil años
eras el sello de mi carne,
pero yo me fugaba de tu luz.
Dilapidando mi cáliz,
yo quería hundir tu aroma
(tu dinero era ceniza en mi alforja).
Sin perseguirme me perseguías,
tu oleaje cruzaba siempre el desierto
hasta mi ribera fugitiva.

Entre los cerdos,
el hambre
rasgó en mí una boca de Noé,
por donde lanzar, como paloma y olivo,
las sílabas de la paz:

"padre... mi padre,
iré a la casa de mi padre..."

Sin embargo, quería que tú olvidaras
las sílabas del "hijo mío".
"Tú, dime jornalero, sólo jornalero,
llámame como al último siervo,
al que contratas por un día.
Déjame vivir apenas jornada
a jornada cerca tuyo".

Desde mis pasos de retorno
te descubrí en la atalaya.
La ventana del centinela en la torre malva
parecía una vaciada cuenca de pupila,
pero en tal penumbra
yo sentí parpadear tus ojos en ansia.

Estabas allí descifrando las polvaredas del camino.
Tú distinguiste mi andadura

y mi cuerpo trémulo,
cuando yo quería confesarte mi obsesión:
"Padre, he pecado contra el cielo
y contra ti. No soy digno
de ser llamado hijo tuyo".

En tu abrazo vinieron todas las olas juntas
y mi madre navegaba dentro.
Me arropaste en tu médula
y fui yo mismo recién nacido.
Bajo tus hombros dormí, jugueteé
y planté árboles fragantes.
Estuve a tu mesa en el galope.
En un instante fuiste mi escala,
y mi arco. Fuiste padre y madre.

Tu voz fue un almirante imperioso:
"pronto, traedle sandalias, túnica, sortija,
música, novillo cebado, música."
Y entendí por qué siempre encendías

los aleros
con guitarras colgantes,
y por qué escondías flautas
en el pan
y tamborcillos entre los cántaros de vino.
Supe:
en tu costado abierto
por mi lanza,
soy la melodía única.

Dancé
por primera vez.

* * *

Perdonador mío, al nacer mi niña,
ella me ha hecho nacer
de padre y madre,
ser hijo, ser libre.

Oración del pecador Zaqueo

Soy un Zaqueo de muchos años pecando,
recaudé en otras vidas
lo que no quise regalarte, Jesús.
Puse impuestos a los gozos
de otras historias.
Soy Zaqueo, el mal recaudador de impuestos,
el astuto, cautivo de su propia trampa.
Pero tú pasarás hoy frente a mi casa
y he preparado un banquete;

si entras lavaré tus pies de Redentor,
los enjugaré con estas manos
que acariciaron las monedas
y firmaron las cuentas mentirosas.
Si tan sólo
viera tu sombra pasar
por mi vereda...
Si encontrara tus ojos,
si pudiera hundirme en tu mirada,
si pudiera desnudarte mi pecado
a gritos, sin pudor,
ahí entre el gentío...
Si lograse que tú me vieras,
bastaría,
los fulgores de tus pupilas
entenderían todo.
Pero hoy pasarás muy cerca mío,
y no me verás y no podré hablarte.
Soy tan pequeño,

mi cuerpo exiguo
será envuelto por la multitud de discípulos,
de cojos y leprosos,
y tú seguirás de largo.
Jesús, si yo hubiese construido
a tiempo una torre,
podría ahora saludarte
y decirte "no soy digno
de que entres en mi pobre morada,
tu palabra bastará para sanarme".
Pero estuve ocupado
en el horizonte terroso
de mi porte diminuto.
Yo no busqué la altura,
no levanté torres para esperarte,
mi vida no fue vuelo,
fue arrastrarse por los espejismos
del lodo.
Ahora no tengo desde donde mirarte.

Sólo crece aquí un mal árbol,
este sicomoro deshojado y estéril;
junto a mi puerta ocre
sólo hay este árbol triste
como mi mustio pecado.

Jesús, tú saliste del Padre
para buscarnos entre la niebla,
o bajo, muy bajo,
donde yo vivo...
Jesús, tú dejas a las noventinueve
para desenredar de la zarza
a la única oveja perdida.
Jesús, tú levantas
por la escala de tus brazos
a los niños tan pequeños como Zaqueo,
y los aprietas al trono de tu corazón.
Jesús, este sicomoro moribundo
es mi pecado,
Jesús, Redentor, buscador,

misericordia que brota incontenible,

Jesús,

si trepo hoy

al árbol de mi pecado infecundo,

de mi pecado reconocido,

de mi pecado que vomito,

si yo trepo, rama por rama,

como un niño en la escala de tus brazos,

si ya no maldigo más al sicomoro,

si lo uso como trampolín

hacia la altura transparente,

si yo lo trepo, tú me verás,

tú me encontrarás,

tú entrarás a mi casa,

y yo repartiré mi fortuna

y pagaré todos mis robos con creces.

Jesús, si trepo por mi pecado

hasta tus ojos,

hoy seré salvo.

Soy invencible

Me voltea la ola,
me sumerge en la sal de agua oscura,
me zarandea en la angustia,
la corriente me arrastra
hacia los acantilados estruendosos,
me ponen ebrio los remolinos,
oscurece, Padre,
(el día tardará de despegar del frío),
ignoro hacia donde enfila
mi pequeño flotador de náufrago,
aterido y submarino a ratos,

al garete, llovido y ciego...

Soy invencible,

soy más liviano que el océano

y nadie me puede sepultar

en el abismo de los peces,

siempre resucito

emergiendo de la entraña,

mis moléculas calientes

dejan espacio a la nada,

soy así más liviano que el oleaje,

soy ligero

por la vaciedad de mis fibras temblorosas,

por leve y pobre

soy invencible,

y una corriente tuya,

larga como tu brazo,

me llevará a puerto,

una mañana al borde del canelo y del laurel.

también los pecados

(San Pablo escribió que para los elegidos
todo coopera a su bien.
San Agustín agregó en su comentario:
"etiam peccata - también los pecados")

jura tú

Madre, estoy exangüe por mi pecado,
dilapidé hasta el precio
de mi campana de leproso,
no tengo ya voz para el juramento,
sólo me queda este gemido
que se va entre las rocas,

como un lagarto azul,

para subir a tu regazo:

¡jura tú la fidelidad a nombre de este hijo!

de profundis

Líbrame de este pecado,

líbrame del infierno,

líbrame del filo,

del descuaje de todas mis raíces,

líbrame de la asfixia, Jesús,

líbrame de la cuerda floja,

líbrame de jugar con el balandro de cristal

en la cresta de la ola brava,

líbrame de los demonios

que alimento como gorriones

en la palma de mi mano,

líbrame de la hiel insomne

de mi hisopo de fariseo,

líbrame de mi babel de uso privado,

líbrame por tu llanto de gallina clueca
mirando a la Jerusalén apóstata,
líbrame por la última cascada de tu herida
cuando te rasgué el velo con la lanza
y me salpicaste el ojo con un beso de sangre.

noche mía

La noche más mía
es la noche de mi crimen,
cuando te acaricio la sombra
desde el polvo,
la noche de mi identidad de pecador
no es la Última Cena, no es
la Noche Buena,
ni el cuarto creciente de la luna,
es esta noche insostenible
cuando bajo a mi sepulcro
a besarlo apasionadamente
con vergüenza,

a decirte en el sudario
que estoy calcinado por la tristeza
de amarte tan a golpes,
tan a olvidos, tan a espinas;
mi noche es un beso de Judas
pero es un llanto de Pedro en tu pupila,
cuando baño tus pies con Magdalena;

soy el pecador
que se tragó la llave
y quedó preñado del encierro,
pero soy tu Jonás en la barriga del cetáceo,
soy el asco de los niños,
pero soy dolores de parto de mi Madre,
mi noche la más mía,
es mi trote, es mi tropiezo
de miedo desbocado, del jadeo
repitiendo:
"Padre, no soy digno de ser llamado

hijo tuyo,

dame un lugar de último jornalero,

pero dámelo en tu casa,

pero en el día de tu manto".

La única noche mía,

la de mi parto,

la de mi boda,

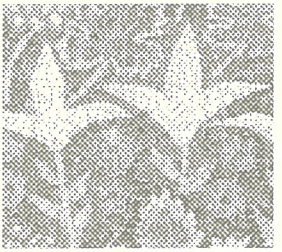
la de mi coronación,

la noche de mi nombre puro,

es un final y un caer vencido por el sueño

bajo la lluvia de tu misericordia a borbotones.





Miriam, sí, me voy contigo

(misterio de la Madre vestida de Sol)

María de la Nueva Alianza

1. Anunciación

El Ángel del Señor anunció a María.

Y concibió del Espíritu Santo.

La Trinidad te requiere,

rompa tu sí nuestra noche,

abre tu cáliz de virgen,

abre el jardín de tu historia.

He aquí la esclava del Señor.
Hágase en mí según tu palabra.

Mira los hielos del hambre,
por los cautivos del odio
grita tu amén en la sangre,
voz que derriba los muros.

El Verbo de Dios se hizo carne.
Y habitó entre nosotros.

Da tu obediencia de hija,
ábrete, Arca de Alianza,
venga el Verbo del Padre,
venga Jesús, nuestro hermano.

2. Caná

No tienen vino los novios,
la música ya rebaja,
no tienen fe tus discípulos,
un velo les nubla y faja.

Aún mi hora no llega,
reloj que el Padre baraja.
Mujer, qué hay entre nosotros,
qué, entre sol y mortaja.

Mi súplica sube y sube,
paloma que nadie ataja.
Haced cuanto ordene y pida
el Rey nacido en la paja.

Aún mi hora no llega,
reloj que el Padre baraja.
Mujer, qué hay entre nosotros,
qué, entre sol y mortaja.

No tienen vino los novios,
mi Dios nacido en la paja,
no tienen fe tus discípulos,
la música ya rebaja.

Aún mi hora no llega,
reloj que el Padre baraja.

Mujer, qué hay entre nosotros,
qué, entre sol y mortaja.

Haced cuanto ordene y pida,
también si el monte descuaja.
Haced cuanto ordene y pida,
también si al alma desgaja.

Bebed la prenda de gloria:
la fe del hijo que viaja,
bebed camino al Padre
el vino de seis tinajas.

3. Gólgota

Mirarte como Él te mira,
mirarlo con tu pupila.

Mirar tu fe peregrina,
romper la llave mezquina.
Mirar tu pie que camina
con llama tan mortecina.

Mirarte como Él te mira,

mirarlo con tu pupila.

Mirarte besar la espina

con tu obediencia fina.

Mirar tu sí que se inclina

al mar de sangre divina.

Mirarte como Él te mira,

mirarlo con tu pupila.

Sin máscara y sin anteojo,

mirarlo, mudo despojo.

Mirarlo en manto de abrojo,

esclavo de nuestro enojo.

Mirarte como Él te mira,

mirarlo con tu pupila.

Con luz de llanto y arrojo,

mirarlo, guiñapo flojo.

Mirarlo en el Árbol rojo,

Cordero de nuestro antojo.

Mirarte como Él te mira,

mirarlo con tu pupila.

4. Cenáculo

Ven, Paloma, ven, Paz,

ven, Amor manantial,

ven, rescata a Babel,

ven, Espíritu, ven.

Baja al caos del orbe,

ven fundando tu orden.

Colma el seno más noble,

ven y el Verbo es el hombre.

Ven, Paloma, ven, Paz,

ven, Amor manantial,

ven, rescata a Babel,

ven, Espíritu, ven.

A los Doce que esperan,

ven y nace la Iglesia.

Baja al pan de la Cena,

ven y arde la mesa.

Ven, Paloma, ven, Paz,

ven, Amor manantial,

ven, rescata a Babel,

ven, Espíritu, ven.

Baja, ramo de olivo,

cuando lloran los siglos,

baja, óleo vivo,

ven, Aliento del Cristo.

Ven, Paloma, ven, Paz,

ven, Amor manantial,

ven, rescata a Babel,

ven, Espíritu, ven.

Cuando mata la espada,

ven, Amor de la casa.

Da tu sello de alianza,

ven, timón de la Barca.

Baja al caos del orbe,

ven fundando tu orden.

Colma el seno más noble,

ven y el Verbo es el hombre.

5. Mujer vestida de Sol

El Pastor es Cordero.

La Mujer es victoria.

El amor es más fuerte.

Y Caín será hermano.

El amor es más fuerte.

Todo lo cree.

Todo lo espera.

Abel todo soporta.

Todo perdona.

El amor puede más.

El Pastor es Cordero.

La Mujer es victoria.

El amor es más fuerte.

Y Caín será hermano.

El amor es más fuerte.

Todo lo cree.

Todo lo espera.

Abel todo soporta.

Abel todo perdona.

El amor puede más.

Abel es más fuerte.

El amor puede más.

El Cordero es Pastor,

la Mujer se reviste de Sol,

Jesús levanta su cetro de hierro,

el Niño es el Rey de los pueblos.

Tu voz

Me preguntan algo de rutina. Contesto seco, duro.
Nadie parece darse cuenta.
Bien puede ser que se han acostumbrado a mi vehemencia,
o que me perdonan una vez más...

Tu voz,

Miriam,

le enseñó

a la voz

de Jesús

a decir

'Padre',

le enseñó

a decir

'José, te quiero';

tu voz

mantuvo siempre el sí

al arcángel Gabriel

como voz de fondo,

hasta partir;

voz de pregunta

¿Cómo puede ser esto

si no conozco varón?

¿No sabes que te buscábamos, hijo?

voz de súplica:

ven,

no tienen vino

ven,

voz

llena de la Palabra,

voz

con nombre de novios en Caná,

voz

sólo de la Palabra

hecha carne,

hecha labios en tu seno,

voz

del ven,

del ven Espíritu Santo

en el Cenáculo,

del ven Señor Jesús

en el adviento actual,

voz segura,

voz verídica,

voz libre,

voz

que posee la tierra,

voz de bienaventurada,

voz mansa,

dueña de la tierra,

voz de pobre,

dueña del Reino,

voz que lloraba

y ahora ríe, ríe, ríe,

voz misericordiosa,

voz pura,

voz perseguida

por el Reino,

voz alegre,

voz bienaventurada,

voz de hija, misericordiosa.

La sirviente

'La corona es un sombrero que se llueve',
Rey Federico de Prusia.
'... los dictadores viven en nosotros.
La bomba H es realidad de nuestra alma'
Ernesto Cardenal , cuando aún vivía como monje.

El poder humano es poroso,
no le sirve a presidentes ni a financistas
para protegerse de la tempestad:
la lluvia los cala hasta los huesos
y las pulmonías degeneran
en ocultas tuberculosis y otros males.
Algunos potentados resisten

décadas en tronos
que son sillas de ruedas invisibles.
Resisten testarudos,
mientras la leucemia
les destruye médula y calor.
Resisten mientras con drogas infla
su corazón don Elvis Presley
y la pálida Eva Braun se hinca ante Hitler
en el Bunker de Berlín a punto de estallar.
Resisten como un Titanic
que sería el transatlántico inhundible
de las naciones ricas.
Resisten como Stalin bañado en sangre,
o Mao decrépito nadando inmortal,
cinco para las doce,
ante las cámaras filmadoras.
Resisten dando coces
a los cráneos de niños judíos
y de sacerdotes ancianos en Auschwitz y Dachau.

Resisten como Somoza
esperando la emboscada puntual
de algún inmisericorde asesino.
Resisten como el traficante de drogas
cuidando la salud de su nietecita.
Resisten como el tratante de blancas
resiste el vómito.
Resisten como los cazadores
de millares de indígenas en Brasil,
como los cazadores de millones
de niños no nacidos
en las civilizadas capitales.
Resisten como el Presidente
de los Estados Unidos de Norteamérica
y el Secretario General del Kremlin resisten,
teniendo cada uno su bomba H por almohada.
¡Pero cómo se les llueve el alma!
Qué pesadillas, qué estertores
del millonario Hughes

en su torre blindada de Nueva York.
Qué gemidos de la triste Marilyn Monroe
buscando el frasquito con las píldoras del sueño.
Qué noche la de Miss Universo al cumplir cuarenta años
y al saber el diagnóstico de su cáncer en la mama.
¡Inmaculada Reina,
tu Magníficat es durísimo!
Caerán todos los poderosos:
no tienen salvación,
para salvarse han de comer el polvo,
empaparse con agujas de hielo.
Ay, Aldeana de Nazaret,
el camello ha de deshuesarse
para pasar por el ojo de una aguja.
No nos queda otra¡deshuesarnos!
¡Sacarnos la joroba cual mochila!

Tu oído

'porque si tú
sientes el latido de los riscos
entenderás que mi amor es igual que tu amor'.
Raúl Zurita

Inerte, mudo, impasible, gris,

así ven todos mi amor.

Con buenos argumentos declaran

que tengo corazón de piedra...

¿arenisca? ¿granito? ¿basalto?

Sin embargo soy bautizado,

y eres mi madre.

Si conoces el lenguaje de los peñascos,

si sientes el latido de los riscos,

sabes que estoy vivo

bajo tanto material volcánico enfriado.

María, ¡pon tu dulce oído

en el muro de mi roquerío

y escúchame llamarte!

Mi amor es igual al tuyo:

no sé vivir sin ti,

así como tú no puedes gozar del cielo

si yo me aparto y me sepulto.

Son iguales tu amor y el mío,

como todas las sortijas de amor

son iguales.

Somos iguales

porque Cristo me arrancó el corazón de piedra

y me trasplantó un corazón de carne redimida.

Muy iguales somos.

Somos abismalmente distintos,

como la Inmaculada

y el pecado son distantes.

En lontananza ¿escuchas mi piedra latir?

Luz de relámpago

'Y no lo olvides, poeta,
no lo olvides:
lo verdadero es lo junto'.
Verso que jóvenes universitarios repetían en Madrid.

Salón iluminado y música de encuentro.
Fiesta fugaz. Después:
largos corredores, escalas escarpadas,
deambular por galerías tenebrosas
preguntándose

¿hubo salón, abrazo, luz?

¿hubo un instante

en que palpitó mi soledad

bajo tu manto fuerte?

Dejo tu castillo. Me voy

peregrinando por arenales sin fin.

Un relámpago nocturno:

veo tu rostro de paz indecible.

Estás aquí como cirio benigno,

calor amable, Miriam, sonrisa y beso de Dios,

estás aquí creyendo en mí

como sólo Dios cree en este hijo frágil,

estás aquí sanándome

con apenas mirarme,

estás aquí sosteniéndome

con tu aliento de paz,

estás aquí y olvido

todo lo que destruí y me destruyó...

Todo es dulce victoria de la gracia:

estás aquí y todo se explica

mientras la luz del relámpago

te viste con tu costumbre de gloria,

... es sólo un segundo en la noche del desierto.

Apaga su lámpara el trueno.

Debo continuar caminando a tientas.

Cuando el viento calla

oigo unos pasos leves

y en algunos valles

puede ser que escuche respirar...

Madre de los peregrinos,

la verdad más verdadera

no es la oscuridad, ni las caídas,

ni las amenazas del huracán,

la verdad es el encuentro,

la compañía de tu mano invisible,

tu manto, el salón de la fiesta,

tu rostro lleno de Dios;

pesadilla fugaz es la distancia;

'lo verdadero es lo junto'.
Lo junto será el gozo
que nadie nos podrá arrebatar,
lo junto, la comunión,
el unísono del coro,
la fiesta de la Jerusalén eterna
engalanada como Novia del Cordero
y no se precisarán más relámpagos,
ni lámparas de salón,
porque el Sol no tendrá jamás ocaso,
jamás distancia,
caerán los muros entre los que se aman.

Ahora, por mi noche,
el sostenido relámpago
es el recuerdo de tu rostro.

Velo de lepra

'Sol: verdad. Máscara: falsía'
Leonardo da Vinci

En el principio era el Sol
y el Sol era la vida
y la vida estaba en Dios
y Dios era el Sol eterno,
la verdad era la vida,
amaneció sobre el mundo
y puso su tienda entre los hombres,
pero los suyos no lo recibieron.

Fue apagado a golpes
y a las tres de la tarde
anocheció en Viernes,
pero su Padre
lo resucitó el día tercero,
en la mañana del Domingo.
El Sol inundó el alma
y el rostro y el cuerpo bendito
de la Mujer Inmaculada.
El Sol la coronó de doce estrellas,
le dio el vigor de la verdad y la vida
para aplastar la cabeza del Dragón,
para vencer a Belcebú,
el Satanás, príncipe de la mentira.
Mujer vestida de Sol,
arráncame la máscara:
es mi escudo opresor,
intenté yo quitármela,
quisiste tú librarme de ella

y sangré.

La repuse tantas veces:

me defendí de la claridad.

La repuse

y la costra cosió la máscara

como molde de mi carne.

Con tus dedos de tibia luz

tómala por el borde invisible;

descúbreme la frente

y piense yo la verdad

que es vida y nos libera;

descórreme el falso párpado

para mirarte yo de pupila a pupila;

los labios, libéralos

con sílabas nuevas;

sean mis mejillas y mi perfil

el dibujo verídico,

auténtico como mi semblante

salido de la mano del Alfarero,

cuando comencé a pulsar

al ritmo del Aliento del Espíritu Santo.

Mujer de fulgor,

arráncame la máscara rugosa,

arráncame este velo de lepra,

devuélveme mi rostro genuino;

que saliendo de los socavones del miedo,

me alegre bajo el resplandor del día.

Enséñame a gozar del Sol de Cristo

como la caricia redentora de Dios.

Cántico de María

Vengo de Cristo,

voy a él

y, sin embargo, nunca salí

de su recinto.

Cristo es mi alimento y mi aire,

mi sangre y mis pupilas.

Todas mis fuentes están en Cristo.

Todas mis muertes

fueron morir por su vida

y toda mi vida viene de su muerte.

Fibra a fibra,

día a día,

flor a flor,

noche a noche,

sílaba a sílaba,

todo lo mío es de Cristo.

Cristo es mi secreto.

Cristo fue mi llanto.

Cristo es ya mi gloria.

Desposé con él mi corazón.

Inscribí a sangre y fuego

su corazón en el mío,

y el mío en el centro de sus latidos.

El me sumergió

en el océano de amor

de la Santa Trinidad.

Aleluya. Amén. Aleluya.

Camino a la prima Isabel, María habla por la montaña

Aldea de Ain Karim,

¿dónde está tu fuente?

¿por las arenas

hay unos capilares de tu agua?

Si me alejo de la sombra

de los árboles que conocí de niña
y me remonto por los riscos
¿vendrá algún aroma
a decirme dónde te yergues?
Estos pies tienen prisa
y la montaña no cansa su apremio,
suben como dos alas
de un ave blanca sobre el lago.

* * *

Padre, que esta urgencia
se haga ternura al llegar,
que este paso firme
se aquiete
y me aproxime como los ángeles
suelen rondar las cunas.

Padre, el gozo, tu Gozo,
me pulsa en la entraña,
es un latido
que se mece
en la sonrisa de mi corazón:
tu Verbo me está comulgando
el cuerpo y la sangre.

* * *

¿Por qué yo, tu esclavita?
¿Cuándo me escogiste
de entre todas las mujeres,
de entre todos los pueblos y edades?
¿Por qué yo? ¿por qué Nazaret?
¿por qué mi cáliz?

* * *

Gracias a tu Gracia,

gracias a tu amor gratuito,

gracias a tu gratitud sin causa mía,

gracias, Padre.

* * *

Isabel me espera en la montaña.

No le llevo nada entre mis manos.

El Regalo es invisible;

nadie sabe cuándo transita

por sus valles y caseríos.

Va silencioso

en el misterio de mi cuerpo.

Mi Regalo es tu Regalo,

mi hijo es tu Hijo

y cuando yo abrace a Isabel,

mi alegría la colmará

y su niño saltará de gozo.

* * *

Padre, que yo auxilie
con tu misericordia al varón Zacarías,
que en el tiempo de mi presencia
recobre la palabra de padre
y pronuncie el nombre verdadero
de su hijo, el profeta Juan.

* * *

Padre, tu Espíritu me cubrió
con su sombra de luz y fuego;
desate ahora los labios de Isabel
y los llene de promesas
que adelantan
los dones de tu alianza.

* * *

Aldea de Ain Karim,
¿dónde está tu fuente?
Presurosa por el monte púrpura
voy con este Magníficat
que ya no soporto en su urgencia.
Esta alabanza,
esta fiesta,
es una primavera insostenible.
¿Cuántas cimas aún
hasta Isabel, Zacarías y Juan?

* * *

El fardo del gozo me quema.
Como una espada de siete filos
me urgen tu gloria y el servicio.

Padre, ¿cabe en el dedal de un poema
este océano de gratitudes?

Padre, este Magníficat
será el balbuceo de tu niña,
pero de cada sílaba
tu oído hará una sinfonía.
Padre, mi mano servidora,
su trabajo y su paz
serán la escritura
de mi gratitud
fielmente cotidiana.

Padre, no me turba
la impotencia de mis labios,
tú ya lees mi cántico
en estos ojos, siempre.

El rostro recordado

María, tu corazón, sólo de Cristo.

Virgen,

huerto cerrado del Señor.

María, nadie, nadie nunca;

nunca, nadie más que Cristo

pudo gozar el aroma de tus flores.

Nunca otra sombra

pudo alargarse por tus sendas.

Todas tus semillas

cayeron de su mano,
todos tus pétalos
acariciaron su túnica
y toda tu agua
se fue cantando por sus labios.
En la primavera,
tu jardín es un campanario en fiesta
y en el estío,
no se marchitan tus corolas.
Cuando el odio incendia el universo,
en tus copas el néctar
está siempre a punto
para consolar al Esposo.

Nunca, nadie,
nadie, nunca, María,
recibió la llave de tu huerto.
Sólo Cristo lo abre
con el peso de su mano
sobre el cerrojo que lo aguarda...

Virgen María, Madre Candelaria

Virgen María, Madre Candelaria,
en el templo presentas al Padre
a Jesús, Cordero sin mancha.
Te purificas según la ley de tu pueblo,
aunque eres Virgen Inmaculada.
En tu mano llevas un cirio
que ni la noche ni el tiempo apagan:
es la luz divina de tu Hijo
que resucitó de madrugada.
Los desiertos durante siglos y años

te vieron traernos un agua
que bebida en la Iglesia,
nos otorga la vida que no acaba.
Míranos reunidos en tu santuario,
Virgen María, Madre Candelaria,
confirma la luz de nuestra fe que vacila
y renueva nuestra pobre esperanza.
Aviva en nosotros el fuego del Espíritu Santo,
la caridad que nos hermana.
Consuela a los tristes y afligidos,
da justicia y libertad en nuestra patria
y condúcenos en la alegría
hasta el hogar de la Trinidad Santa. Amén.

Madre

No sólo Madre de Cristo;
en él, con él y por él,
Cabeza de la nueva creación,
te llamó Dios
a ser Madre del orbe entero,
de soles, planetas y galaxias,
de los minerales mudos,
de la vegetación selvática y microscópica,
del concierto innumerable del reino animal.

No sólo Madre de Cristo,

en él, con él y por él,

Primogénito de los que renacen,

tu vocación, María,

es ser Madre de todos los redimidos,

de los que conocen su Nombre

y de quienes lo ignoran.

No sólo Madre de Cristo,

en él, con él y por él,

Cabeza de la Iglesia,

tu vocación

es ser Madre del Pueblo de Dios que peregrina

y libra los combates en la tierra,

y de la familia gloriosa

que ya canta en el cielo su alabanza.

María Semilla

Eres semilla de vida eterna
por ser de cielo regalado,
por ser vaso de Trinidad,
por ser Magníficat, por ser feliz,
por ser dátil de Jericó,
por buscarme en Getsemaní
con el cáliz,
por brotar del manantial del Gólgota,
por guardar el clavel rojo del sepulcro vacío;
eres semilla en el jardín de José de Arimatea,
eres manojo de florecillas del desierto
y destilas tu raíz

como velo de sangre,

como corona que se alza

intocable

a los zarpazos de Satanás;

eres hija de vida eterna, Regalo, Semilla de Adelanto.

María Raíz

María, Raíz del Verbo hecho hermano,
raíz de su pecho y sus dedos y su frente,
raíz de su corazón ancho y diminuto,
ancho y diminuto, ancho de cielo, diminuto de carne,
recio y solícito, dulce y traspasado,
raíz del Rey pascual, del Pastor de la Victoria.

María, Raíz nuestra,
manantial de la savia y la flor,
cimiento de todos nuestros frutos,
ancla de la copa alta y matutina,

de nuestra nobleza y nuestra ternura,
raigambre que nos sostiene en el vendaval,
mano de Mujer vestida de Sol
que levanta nuestro mástil tan voluble,
Madre.

Soberana de nuestra oculta pulsación,
donde las oscuras galerías
dejan de ser sepultura
y nos transfiguramos en raíces nutricias.

Tu mano silenciosa
desciende como agua benéfica
y nos bautiza de amor,
nos da a beber la vida
en los dinteles mismos
de nuestra cárcel.

Reina,
ya nuestra miseria es el andamio firme,
el ramaje donde los pájaros errantes
pueden tejer sus nidos.

Reina, por beso tuyo
el tiempo no nos envejece el alma,
hace de la raíz una roca translúcida,
fundamento de otras casas libres.

Raíz Coronada, María,
porque tú has rescatado
nuestras historias,
ya el pobre leño
es el palpitante árbol de la cruz,
es el Señor que en nosotros
crece insostenible hacia las pupilas
del Padre;
palpitante crece,

respirando por un follaje sin inviernos,

con el mismo Aliento

de la Trinidad Santísima de Dios.

María Oasis

A tu santuario, mi oasis,
llego después del pedregal,
vengo a esta rumorosa pradera
guiado por la llamada
de tu vertiente
que toca su flauta bajo los árboles;
me acerco siguiendo la brújula
de tus aromas inconfundibles,
a este oasis, sombra de tu porte,
a este ropaje colorido de tu hermosura.
Miriam,

tus pájaros entran y salen
de mi fatigado silencio,
aquí el sol vespertino
se transforma en lámpara
junto al altar de tu Hijo y Señor;
a su pecho de Jueves Santo
aprietas tú mi oído
para que yo vuelva a tener la certeza
de que ese Corazón Traspasado
late íntegro por mí,
por mi sanación,
por mi fiesta de gozo,
por mi fortaleza de caminante.

Dulce María Oasis,
templo vivo de Jesús.
Arca de la Alianza rodeada
de sequedad y soledades;
aquí estoy postrado en tu hierba

bordada con los menudos lirios del campo;
aquí estoy cabeza en tierra
mientras el frescor de tu tierra virgen
roza mi frente,
mi dulce madre,
como un beso tuyo al despedirme.

Todo el cuerpo y toda el alma mía
quisieran permanecer,
cerrar los ojos y sentir tu brisa
adorar a Jesús Rey,
permanecer, habitar aquí...
pero debo continuar
por las arenas aún desconocidas.
Tú vendrás conmigo
como nube floral de día
y columna ígnea de noche,
serás luna y serás rocío
y Jesús dejará el dosel del bosque

para irse como maná de este peregrino,
nutriéndolo en su desmayo cotidiano.

Ven, María fiel,
siembra y riega en el horizonte
otro santuario oasis,
ahí en el punto exacto de mi límite
cuando el yermo me agote,
riega, siembra, riega,
todos los santuarios que necesite
hasta que en el último tramo
el Padre deje su torre de vigía
y descienda agitado
para acortar la última distancia...
y contra su sangre me estreche.

Ríos del Negueb

Como los ríos del desierto del Negueb
adelgazan sus márgenes en la arena
hasta desaparecer bajo el ardor insostenible,

como los ríos del desierto
parecía que moríamos en descampado
muy lejos de la tierra prometida.

Pero como olas
que silenciosamente
se ponen de rodillas,

como aguas
que bajasen al sepulcro
de galerías ciegas,

como los ríos del Negueb,
entramos a la carrera
de las corrientes sepultadas.

Como esos ríos
que cruzan países
de piedras y de sales,

como ellos nuestras aguas
serán cribadas de impurezas
en los tamices de la arena negra.

Ningún hilillo, ninguna gota
que nade en la corriente del Arcángel
ha de perderse,

ninguna boca extraña
podrá tragar su vida,
disolver su fecundidad en el polvo.

Parecía que moríamos,
oscuros y asfixiados
en la entraña de las dunas.

Mas el Padre del Negueb
señalará entre arenales
la cuna nueva.

Como un jardinero ya prepara
con jazmines y con pájaros
el segundo manantial de este Lázaro.

Y el Padre dirá el día y la hora,
medirá en el hueco de su mano
las ondas renacidas.

Será un río nuevo y antiguo,
será la misma agua del origen
pero más clara y cantarina.

El agua del desierto rebrotará
más alegre y más dulce
más virgen inmaculada.

El río resurrecto del Negueb
engendrará jardines en el yermo,
un paraíso de María sobre roca.

Educa mi pobre corazón

Madre del Amor hermoso,
corta todas las tristes cadenas
que me hacen girar
en torno a mi propio yo.
Ábreme a la continua sorpresa
del amor que el Padre
me regala
y enséñame a vivir cobijado
bajo su manto.

Concédeme, Inmaculada,
la trasparencia
de tus ojos puros para adorar,
en mi amor de peregrino
al Amor que desde siempre
une al Padre con el Hijo.
Atesora los dones de esta historia
en el costado abierto de Jesús
y educa tú mi pobre corazón.
En la opacidad cotidiana,
dale tu vigilancia silenciosa;
en la hora santa de la cruz
nútrelo con tu fidelidad
y tu fortaleza;
y resucítalo cada amanecer
con la sonrisa de tu alegría
y tu servicio.
Madre virginal,
tenga mi amor

el horizonte de tu Hijo,

siémbralo tú en la Iglesia

como primavera del Reino.

Sí

Sí, acepto, Madre,

sí, tomar tu mano,

sí, subir el monte,

sí, besar la cruz,

sí, morir con Cristo,

sí, sembrar el mundo,

sí, aunque es de noche,

sí, te estoy mirando,

sí, me voy contigo,

sí, acepto, Madre,

sí, morir por ellos,

sí.

Reina, en este altar

(tres variaciones filiales)

1 Reina, bajo la cruz,
bien sabes implorar;
por mí implora tú
al Rey en este altar.

2 Reina, bajo la cruz,
bien sabes adorar;
por mí adora tú
al Rey en este altar.

3 Reina, bajo la cruz,
bien sabes alabar;
por mí alaba tú
al Rey en este altar.

("este altar" puede ser una cama de enfermo, un corazón en combate, un mesón de trabajo, un cuerpo de mendigo, una cabina de avión, un pastizal en rocío, una computadora y su teclado, la fiesta de una casa, el teclado de un piano, un niño en la entraña, el altar de un templo)

Acógenos, Misericordiosa

María, Madre nuestra,
Madre del Señor y de la Iglesia;
llegamos hasta ti con sencilla fe;
venimos con amor, con esperanza,
a pedirte nueva vida.
Madre, que la sangre de Cristo nos hermane
y que su cruz nos impulse a servir con alegría.
Acógenos, Misericordiosa,
ruega por nosotros pecadores,

para que el Señor Resucitado
viva en nuestros corazones.

Enséñanos a imitar tu propia historia,
a creer fielmente en la Palabra de Jesús
y a ponerla en práctica, día a día.
Une a todos tus hijos que te buscan
en el único pueblo de Dios que peregrina.
Que contigo construyamos un mundo
de paz en la justicia.
Que el Espíritu Santo nos guíe
y, al final del camino,
nos reciba en la casa del Padre bondadoso. Amén

Los misterios del rosario

Misterios gozosos

Nazaret

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
el Dios y Verbo eterno
que por tu sí al ángel
se hace hermano nuestro,
tú, ruega por nosotros.

Visitación

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,

que dentro de tu entraña
a Isabel visita
y por tus labios canta,
tú, ruega por nosotros.

Belén María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
que de tu seno virgen,
en frío y en pobreza,
nos nace y nos redime,
tú, ruega por nosotros.

Presentación María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
el niño de tu sangre
que llevas hasta el templo
para ofrecerlo al Padre,
tú, ruega por nosotros.

Pérdida y hallazgo María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
que pierdes y recobras,

que da a tu gran angustia
respuesta misteriosa,
tú, ruega por nosotros.

Alabanza final

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
por él y con la Iglesia,
en el Amor divino,
al Padre damos gloria,
tú, ruega por nosotros.

Misterios dolorosos

Getsemaní

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
Jesús que solitario
con sangre riega el huerto
y el cáliz bebe amargo,
tú, ruega por nosotros.

Atado

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
que atado a la columna
por liberar esclavos
soporta golpe y burla,
tú, ruega por nosotros.

Corona

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
el rey de amor y gloria,
en cuyas sienes ponen
espinas por corona,
tú, ruega por nosotros.

Gólgota

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
el siervo que callando,
la cruz abraza y carga
camino del Calvario,
tú, ruega por nosotros.

Muerte

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
que por amarnos tanto,
muriendo libremente,
nos salva del pecado,
tú, ruega por nosotros.

Alabanza final

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
por él y con la Iglesia,
en el Amor divino,
al Padre damos gloria,
tú, ruega por nosotros.

Misterios gloriosos

Resurrección

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
que el Padre resucita,
en él la muerte vence,

nos hace su familia,
tú, ruega por nosotros.

Ascensión

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
que al subir al Padre
nos abre ya el camino
que nunca ha de cerrarse,
tú, ruega por nosotros.

Pentecostés

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
que con su Padre envía,
a ti y a los Apóstoles
su Espíritu de vida,
tú, ruega por nosotros.

Asunción

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,

que en cuerpo y alma eleva
al trono de la gloria
a quien por él fue sierva,
tú, ruega por nosotros.

Coronación

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
que te corona reina
de amor, verdad, justicia,
del cielo y de la tierra,
tú, ruega por nosotros.

Alabanza final

María, Dios te salve,
contigo está el Señor,
por él y con la Iglesia,
en el Amor divino,
al Padre damos gloria,
tú, ruega por nosotros.

Siempre me acompañas

María, tus hijos somos
el canto de tu ternura,
espada de tus combates,
tesoro de tu conquista,
santuario de tu presencia,
Iglesia de Jesucristo.

Siempre estoy en casa,
porque siempre tú,
siempre me acompañas.

La voz de mi llanto lloras,
la luz de mis pasos prendes,
el mar de mi barca arriesgas,
la cruz de mi muerte mueres,
el pan de mi hambre partes,
mi frío tiembla en tu alma.

Siempre estoy en casa,
porque siempre tú,
siempre me acompañas.

Al Padre de Cristo, el Hijo,
le ruegas me dé hoy día
el don de su Santo Espíritu,
perdone mi ruin pecado,
me colme de su esperanza,
me siente a su rica mesa.

Siempre estoy en casa,
porque siempre tú,
siempre me acompañas.

Si hoy me das tu bandera,
si vienes al bosque largo,
si velas en mi vigilia,
si quemas mi pecho triste,
si apagas mi fuego inútil,
si dices mi nombre ahora.

Siempre estoy en casa,
porque siempre tú,
siempre me acompañas.

Destruyes mis muros altos,
avanzas por mi desierto,
descargas mi fardo oculto,
proteges mi lecho enfermo,
me cantas en mi nostalgia
el salmo de tu alegría.

Siempre estoy en casa,
porque siempre tú,
siempre me acompañas.

La Madre, la siempre virgen,

la Virgen, la siempre madre,

la Sierva, la siempre reina,

la Reina, la siempre sierva,

la Esposa, la siempre hija,

María, la Inmaculada.

Siempre estoy en casa,

porque siempre tú,

siempre me acompañas.

Hija de Sión

No eres sólo una mujer,
eres un pueblo,
Hija de Sión.
Eres un pueblo
hecho mujer,
eres el pueblo
hecho esposa del Rey
novia del Capitán Victorioso.

Hija de Sión,
eres el pueblo desposado.

Hija de Sión,
el pueblo se mira en tus ojos
como un espejo sin fin.

Toda la hermosura
y la valentía del pueblo
está en ti, Hija de Sión.
Todo el calor de sus madres
y la fraternidad de sus brazos
está en ti, Hija de Sión.
Toda la vigilancia de sus centinelas,
la sabiduría de sus ancianos y pastores,
está en ti, Hija de Sión.

Toda la adusta ternura
de sus místicos,
la abnegación de sus pobres,
la lucha de sus pobres,
la dignidad de sus pobres,

la benevolencia de sus pobres,
toda está en ti, Hija de Sión.

Todo el silencio y la dicha
de sus vírgenes consagradas,
están en ti, Hija de Sión.
Todo el pueblo
está en ti, Hija de Sión.
El pueblo acendrado y puro,
el pueblo joven y renacido.
Nuestro pueblo, pero sin manchas,
ni cobardías, ni olvidos, ni desmayos.

Tú eres el pueblo aquilatado,
eres el pueblo sin pecado original,
eres el pueblo acrisolado,
el pueblo sin traiciones.
Hija de Sión,
bandera inmaculada,

si el pueblo
tiene fijas las pupilas
en tus pliegues de fuego,
nunca perderá la ruta.

Hija de Sión,
bandera y brújula del pueblo.
Hija de Sión,
bandera misericordiosa
que permites a los vagabundos
retornar al pueblo.
Bandera que convoca,
bandera que vigila
mientras todos duermen.
Dulce bandera,
mantilla, mantel y mortaja
del pueblo de Jesucristo,
María, Hija de Sión.

Meditación*

¡Oh Señora mía!

Porque el Señor quiso necesitar de ti

y hacerte dueña de la humanidad

y de la creación,

porque tú me ganaste

de pie junto a la cruz,

porque yo te escogí

en una hora de claridad y de paz.

¡Oh Madre mía!

Soy el hijo

que te nació con Jesucristo,
el que diste a luz mil veces,
el que inscribiste
en tu corazón, en tus sienes,
en tu pulso constante;
el que llevas nombrado
en la palma de tus manos.

Yo me ofrezco todo a ti,
libremente,
y porque no puedo
optar por otro camino;
me ofrezco como hostia,
como guerrero rendido
(aunque no soy digno)
y porque sólo así
ganaré mi vida.

Y en prueba de mi filial afecto,

no quiero engañarme

ni engañarte, María;

quiero dar prueba

de mi lealtad, de mi seriedad;

quiero mostrarte

que soy hijo y niño verdadero.

Te consagro en este día,

hoy cuando el pan

me dura un día;

hoy, cuando es la lucha

irreemplazable, decisiva;

hoy, cuando mi fidelidad

vuelve a jugarse entera.

Mis ojos

cansados, miopes, turbios,

pero que tanto anhelan

la tranquila luz

de tus ojos,

tu mirada transparente

y pura;

tus ojos bienaventurados

que ven a Dios en la vida.

Mis oídos,

que se escuchan a sí mismos,

que confunden las lenguas

como en Babel.

¡Si tú los cambias

en oídos obedientes a la Palabra,

será entonces Nazaret en mi entraña!

Mi lengua,

que golpea a mi paladar

como una campana hueca.

Dame lengua de apóstol

que, en el Pentecostés de hoy,
pregone el Evangelio de tu Hijo
y a cada hombre le susurre y le hable
en su propio idioma.

Mi corazón,
el que tú conoces,
el que se dispara
y se rebela;
el que te necesita
y te llama,
el que ya reconoce tus latidos
y los comienza a seguir.

En una palabra todo mi ser,
el ser que otros miran por fuera
y en el que habita
el Padre, el Hijo
y el Espíritu Santo.

Todo mi ser,

porque todo es templo de Dios.

¡Prepara tú, en ese altar,

el sacrificio de alabanza!

Ya que soy todo tuyo,

entero: con mi noche

y mi aurora,

con mis combates

y mis traiciones;

todo te pertenece,

recoge todo, acoge todo,

escoge lo que desees.

Madre de bondad,

benigna,

Madre de benevolencia;

Virgen buena,

que conoces mi bien

y que sólo me preparas
el alimento,
la medicina
y la victoria buena.

Protégeme y defiéndeme;
protégeme de mí mismo,
de mi propia compasión,
de los que me alaban
y los que me desprecian;
de las voces que me invitan
a la idolatría
de la carne,
del mundo,
del demonio.

Y utilízame,
úsame,
no me dejes en el rincón

de mis pequeños pensamientos,

de mis planes mezquinos;

úsame donde quieras,

de raíz oculta

o de tronco firme

o de flor joven o de fruto victorioso,

pero utilízame.

Rescátame de mi pasividad solitaria.

Como instrumento,

instrumento de música

para cantar las maravillas del Señor

cuyo nombre es santo.

Instrumento de guerra

para dar las batallas

junto a ti, Mujer vestida de Sol;

instrumento de paz

para construir ya ahora

el Reino de justicia y verdad,

de libertad y de amor.

Y posesión tuya,

el sello de tu cuño,

la marca de tu nombre,

el título de mi gloria

que nadie (ni yo mismo)

puede borrar.

Amén, Así sea.

** Esta meditación fue escrita junto con el P. Rafael Fernández.*

Madre de nuestra América

Madre de nuestra América,
dulce es tu rostro moreno,
vivo evangelio del pueblo
que hoy te viene cantando.

Por el sí de tu alianza
Dios se hace hermano nuestro,
tiene sangre de tu sangre
y en la tierra nace el cielo.
Virgen fiel e inmaculada,

con tu cáliz siempre abierto
en Belén y en Viernes Santo,
su camino es tu sendero.

Madre de nuestra América,
dulce es tu rostro moreno,
vivo evangelio del pueblo
que hoy te viene cantando.

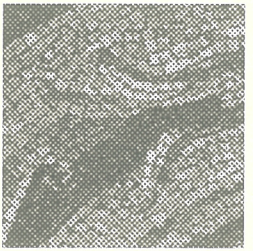
Por el agua del bautismo
somos hijos y herederos,
somos pueblo de hermanos,
todos juntos somos templo;
mientras duren los caminos
grabarás en nuestro pecho
estos títulos de gloria
que Jesús pagó a alto precio.

Madre de nuestra América,
dulce es tu rostro moreno,
vivo evangelio del pueblo
que hoy te viene cantando.

Mira a tus hijos y escucha:
sueña América un sueño
que nació de tu promesa
para pobres y hambrientos;
sueña con una gran fiesta
en la mesa ancha del Reino;
mira a tus hijos y escucha
el clamor de tanto anhelo.

Madre de nuestra América,
dulce es tu rostro moreno,
vivo evangelio del pueblo
que hoy te viene cantando.





Niña de cielo y sangre

(misterios de paternidad)

Te diré, hija

Ese dolor es como el mordisco
de un mastín que no suelta tu paz.

Si respiras, la espada
se hunde más adentro,
y te arrincona en tu alma
como nunca estuviste en ti misma.

Estás sin escapatoria,
ni en el bosque de ulmos, ni en el recuerdo,
ni en las azaleas, ni en las aves.

Ahí estás siempre tú y la espada,
como María.

La razón de tanto dolor encarcelado
es un abrazo.
El Padre te empuja ineludible
hacia ti
para que saltes a su pecho.

Saltes, no una vez en primavera,
no sólo el día de la uva,
no sólo una hora entre las lluvias,
es para que saltes segundo a segundo,
para que respires sólo de su aliento
y vivas siempre en él
cada pulsación
y sonrías.

Miriam pertenece

(San Joaquín y su hija, la Virgen Niña)

En Nazaret amanece
inmaculado jazmín,
vaso del Rey que florece
bajo el sol de Joaquín.

Hoy lo junto permanece
en el morir del amor;
hoy el siempre reverdece
entre el padre y su flor.

Miriam niña pertenece...

¡tres estrellas y un jardín!

la Trinidad se estremece,

la Casa no tiene fin.

Con la niña era su alma

Cuando ella con su pena
por las tormentas carga,

el tan leve horizonte
siempre en azul se escapa.

Mas ni el frío de siglos
le borra su nostalgia:

bien recuerda esta niña
dónde es puerto la Casa.

¿Vendrá el Rey algún día
a librarla del ancla?

¿Dejará Dios su cielo
por la espuma salada?

(Teme la niña y no sabe
en cuál mar flota y nada).

Este océano inmenso
tan sólo es una lágrima,

del Espejo del Padre,
como luna brotada.

Nunca ella estuvo lejos
del Jesús que le canta:

'Aunque tú te escondías
yo más me enamoraba

y es mi llanto de gozo
por saber que me aguardas'.

Vaso del Rey

(más tesoro tuyo que barro mío)

El barro es siempre tierra,
tierra pisada, polvo detenido.
El agua la empapó apenas un instante,
los dedos del alfarero la apretaron
en una figura muy efímera.
De barro es este cuerpo mío
y esta pobre existencia mía.
La lluvia puede disolver la vasija,
y basta un golpe para que se desplome
en unos trozos locos.

Soy de barro,

pero en mi entraña

va tu tesoro, Padre:

la sangre de tu amado Primogénito.

Soy cáliz de tierra oscura,

quebradiza,

pero en el corazón arde tu herencia.

Soy templo vivo, vaso del Rey.

Tu gracia mora en mí,

soy casa de la Presencia trinitaria,

pequeña María,

copa del rocío temprano del Espíritu.

Que nunca, Rey mío,

el polvo de mi superficie gastada,

o las grietas de mis bordes,

o la fragilidad de todo mi porte de cántaro,

asfixien el oro de mi corona de hija.

Soy más tesoro tuyo que barro mío.

Tras la noche amanecerán tus ojos
y estoy cierta que entonces me alzarás
hasta tu misericordia:
también mi barro será tesoro
de tu cielo de Padre.

Dos monólogos de la madre sin marido

(al inicio de su gravidez)

El niño

Este niño es ancla,

es la raíz segura

que se interna en mi sangre

y toma toda mi historia

en sus venas incipientes,

es raíz dentro de mí

y es raíz mía en el corazón de Dios;

nada cambió tanto mi mar

como esta diminuta fragua de fuego,

todo podría volverse pasado,

todo menos él,

menos su pulso en mi entraña,

cada puerto fue para mí, oasis transeúnte

y ahora esta raíz áncora

me tiene aquí detenida...

la quietud ¿será cárcel para mis pies marineros de peregrina?

¿podré mirar siempre la misma playa,

rozar sin angustia siempre el mismo alero

y la única mesa? ¿sin angustia?

Me desasosiega saber que tras tantos horizontes

son ahora esta gota de sangre

que me ata al niño...

Cualquier otro puerto

sería insoportable, niño mío,
caricia de mi propia alma, pero tu ancla es llave
de libertad,
tú no me encadenas a nada,
tú, por fin, me abres la puerta
a mi casa,
la que he construido
con todas las memorias nobles
y todos los aromas seleccionados
y todos los sueños verídicos...
en lo hondo de tu carne inaugural
va gestándose mi paz,
siempre combatida, siempre combatiente,
la única paz promisoria y posible
de nosotros los peregrinos pordioseros,
en ti crece mi alegría
porque nada temo de ti,
eres demasiado titilante,
lucero de mi aliento.

¡Ay, llave de mi libertad,
latido de mi paz provisoria
y firme!
¡Ay raíz de las otras raíces,
de los otros amores que acepto
y beso sin vender nada!
Niño mío,
raíz que me penetra
robándome gozosamente las substancias,
y raíz mía que por fin me arraigas.

Madre

Tú, Virgen del Nazaret a oscuras,
tampoco sabías el cerrojo de la puerta.
Tú, Inmaculada, yo, herida
desde antes de nacer;
tú eres toda pura, yo no,
implora de tu Hijo,
su perdón a mi pecado,

su abrazo redentor.
Eres mi madre hermana,
vengo a tientas
a decirte que mi frente
necesita de tu clemencia y tu amparo
para coronarse de verdad santa;
purifícame, arrópame,
sé tú mi tierra regada
para yo poder alimentar la raíz.
No quiero que mi hijo
oscile tempestades dentro de mi vacilación,
quiero que desde ahora mire los soles
con la certeza del maná de amor cotidiano,
quiero que mis brazos
y el ramaje de mi bosque
sostengan su nido desde el primer trance.
Madre hermana, estoy sola,
sopórtame como a un árbol que florece
de improviso,

sopórtame como a un aposento nocherniego,

nútreme de tu confianza

para nutrir yo a este hálito de mi vida,

y darle cuanto no puede nacer de mí.

Madre, bendice a tu pequeña hija madre y oscura.

Amanece tú dentro de mí, María.

Peregrina

(hija, tan cerca)

Reconoce al día ya en la noche:
tu amor no pasará,
es el inicio de la fiesta,
nuestro pobre canto a la Trinidad Santísima
es adelanto del coro de la gloria.
Los tropiezos, los enigmas,
el cansancio, los muros, el lanzazo,
pasarán, pequeña hija cielo.
Nada noble, nada hermoso, nada amor,
se disuelve y muere.

Cuanto con las manos de María
guardamos en el corazón de Cristo,
es eterno,
es tesoro que nos precede
mientras peregrinamos a tientas.
Con los destellos fugitivos
del Fuego del Espíritu,
reconoce, niña, al día ya en la noche,
y alégrate que el Pastor
esté ya tan cerca.

Gracias por el jazmín

(el padre canta por su hija)

Nadie terrenal tiene derecho a esa flor,
ni quien la plantó
junto al muro blanco,
ni quien construyó el muro y el alero,
ni quien abrió la fuente,
ni quien tendió las venas del agua,
ni quien la regó como se abrevan
los labios de un niño;

nadie puede comprar
esos cinco pétalos de nieve
bajo el cenit del verano,
nadie puede acumular ese perfume
en un pequeño cáliz tan aéreo,
nadie puede hilar esos márgenes,
nadie jamás puede enseñar a la flor
esa virginal inclinación de adoratriz,
nadie mereció en la tierra
ese trino de ruiseñor invisible
que los cinco pétalos cantan como salmo,
nadie merece este diminuto santuario
que navega en la botella del vidrio del cielo,
nadie puede inspirarle su fidelidad
en el andamio verde del ramaje,
nadie es capaz de rescatarla de la noche,
nadie sino tú, Inmaculada,
puede ponerme en la mano
esta niña jazmín
victoriosa del miedo y el letargo.

La niña cielo

(preguntas del padre)

En esta tierra de anhelo,
princesa del Padre Nuestro,

te llamé cielo, mi niña,
como quien dice María.

Si de veras eres cielo,
eres jazmín sin invierno,

y tu aliento respira
sol de la Trinidad Viva.

Mas, si eres Dios en destello,
¿por qué caminas tan lejos?

¿Será que tu voz de hija
atraviesa la serranía

y tu alma como fuego
cruza el mar y el desierto?

¿Será porque me invitas
a partir de romería,

a dejar todo mi tiempo
para adorar en tu templo?

¿Será que eres semilla

que late en mi tierra herida?

¿Será que en tu altar de cielo

Dios me reclama el incienso?

Vivo santuario

(el padre adora en el corazón de la hija)

Para que sea romero
caminante hacia tu cielo,

me mostraste dos ventanas
como jazmines del alma,

ojos de remanso limpio
cerca donde mana el río,

son dos luminosos puertos
que se encienden por dentro;

navegando por su pureza
voy dejando la arena,

para entrar en silencio
al corazón hecho templo

y adorarte, Sol de vida,
mi Trinidad Santísima.

En este vivo santuario
ya tu cielo es adelanto

y la nostalgia es alabanza
cuando vislumbro tu casa.

Cinco espejos

(las viejas heridas)

Estas viejas heridas
han vuelto a sangrar.
Pensé que las cicatrices
eran firmes,
unos eslabones
que aprisionaban bien el pasado
y hoy los mares del dolor
han vuelto a brotar.
Padre, ¿fue en vano
tanta lucha?

Y lo que tu Espíritu Santo
me enseñó hablándome al oído
¿fue en vano?
Tanto tesoro acumulado como cierre
de dolor, tiempo, y sabiduría
¿puede derramarse,
disolverse en un instante?
Creí haber llegado a casa,
creí tener la paz de la tierra prometida.

Ahora tus ojos hondos de piedad
me dicen lentamente:

Hija, eres siempre peregrina
y las heridas de los caminantes
sanan como un oasis,
como una pausa.

Y si vuelven a abrirse las tuyas,
es para seguir caminando,

es para que tú escuches
una vez más a mi Hijo:
"No temas, yo he vencido al mundo,
no temas, yo voy a prepararles
una morada en la Casa de mi Padre.
No temas, tu corazón
ya lo hundí en el mío
por la ventana
de mi costado abierto,
por esa herida que no cierra,
manantial de salvación,
para ti, mi pequeña ovejita,
tan enredada en la zarza".

Padre, como María meditaba
en su alma lo que no entendió,
así me voy con tus revelaciones.
Me levanto del oasis.
Acepto caminar herida,

como Jesús al resucitar.
No quiso él que las cinco llagas
cicatrizaran.
Así pudo Tomás
meter su mano en las dos manos perforadas
y en el costado del lanzazo.

Padre, mis heridas...
si nunca llegan a sanar,
transfórmalas tú
en cinco estrellas de Resurrección,
en espejos radiantes
de los cinco rubíes
del Señor victorioso.

Besar su lanza

(donde está, hija, tu paz)

Donde se cruzan los maderos,

ahí está la paz,

donde el leño que sube

se abraza con el que se abre,

ahí está la paz,

donde reposa Jesús muriente,

clamando "¿Padre,

por qué me has abandonado?"

y, con el supremo grito,

dice "en tus manos

encomiendo mi espíritu",

ahí está la paz.

Sólo donde se entrega

modulando su último amor

"todo está consumado",

ahí, hija mía, está tu paz,

cuando ya no combates nada,

cuando besas la lanza,

como Jesús la besó con fuego,

cuando levantes tu copa viva

como María levantó en ese Gólgota

el corazón,

sólo ahí está tu paz,

sólo ahí fundas la casa,

sólo ahí eres toda mujer y victoria,

sólo ahí has recibido

todo el Espíritu Santo de Amor.

Buscando

(oración de un padre por su niña secuestrada)

Toda esta ciudad es un sótano nocturno,
todas las calles
son el laberinto de un perro
que se muerde la cola.
Padre, ya conozco todas las cabinas
de esos teléfonos que terminan en mutismo
con un zumbido sin palabras,
sé cómo la esperanza de un jardín
puede llevar a un muro peor
que un portazo de la cárcel.

Yo he subido las escaleras
de todos los juzgados buscando,
y en los gabinetes de la policía
empapé las mesas metálicas
con llantos de amanecida y de noche,
buscando.
Se han cansado los intendentes y los ministros,
se han cansado los de talla gruesa,
buscando.
Las fotografías de mi niña
están ya gastadas por mis dedos,
buscando,
en las estaciones del tren subterráneo,
buscando,
bajo los árboles llovidos de niebla
(¿ha visto usted a esta hija aurora?).
Muestro las fotos como rosas ajadas,
como un gorrión, buscándola,

como una llave de libertad,

buscándola,

muestro y muestro sus cinco fotos

como un argumento final,

buscándola.

No tengo, Padre,

más que estas fotos

que van palideciendo con los días,

buscándola.

¿Joven, ha visto usted a una niña

tan azahar y tan trigo

tan remanso y tan aroma sin cuerpo?

Ya he gastado los mapas

de los barrios, buscando,

no hay cerradura impertérrita

a la cual no le imploré clemencia,

buscando,

y el tiempo, Padre,

me envuelve con una mortaja lenta y firme.

Padre, tú tienes una brújula
en el corazón, buscando,
tú tienes un detector de metales
en tu mano infalible,
buscando.
Padre, ¿dónde está mi tesoro,
mi norte pequeñito?
¿Dónde está?
Padre, por qué no destapas
la geografía de esta ciudad horrible,
por qué no tiras a rodar
tu sol por las calles y los techos,
buscando,
por qué no alumbras ahí
donde ella tiembla acurrucada
lejos de mi aliento.
¿No ves que yo soy, en un solo dolor,
padre y madre buscando?
¿No eres tú mi Padre infinito

y mi madre infinita en un solo amor,

no soy yo tu hijo único encontrado?

¿O no ves

como me sangran los ríos?

¿O no la ves a ella en las sombras?

¿Se te perdió también a ti?

¿Te la robaron también a ti?

No, Padre de este padre,

no.

No. Yo sé que tú sabes,

yo sé que tú puedes, buscando,

infinitamente más que la policía de los arcángeles,

yo sé que basta el sonido

de tu barba contra el viento

y la ciudad será barrida

de toda congoja,

de toda trampa de los gangsters,

de toda nube de azufre,

de toda garra del Demonio.

Padre, vuelve ahora a escuchar
a Jesús en el Calvario:
"Padre ¿por qué me has abandonado?"
Yo te lo digo desde esta cruz de hielo
y mi niña te lo repite
desde su cuarto ignoto:
"Padre, ¿por qué me has abandonado?"
Padre, no nos dejes pudrir
en el sepulcro,
resucítanos a ella y a mi vida,
mándanos el Espíritu Santo Vivificador,
el Espíritu Santo del abrazo,
el Espíritu Santo del beso,
el Espíritu Paloma que atravesó la lápida
de aquel sepulcro nuevo
de José de Arimatea en Jerusalén
y resucitó a Jesús el Domingo.
Que el Espíritu venga a poner a mi niña
dentro de mi pecho y vivamos en ti, Dios Vivo.

Padre, en este infierno descubrí tu corazón
más que en los siete cielos,
supe por qué enviaste a tu Hijo a la muerte de cruz,
por qué pagó el precio de su divina sangre
para rescatarnos.
Yo ofrecí todo mi dinero,
mi paz y mi pobre sangre
para rescatarla a ella... Ahora te conozco:
ahora sé que el hijo es la vida,
ahora sé que sin el hombre
tú no tenías todo el cielo en el cielo,
sé que libremente te ataste al hombre
con las cadenas de la necesaria respuesta,
con la necesidad de escuchar su risa
y sus pasos de hijo,
sólo ahora sé por qué escogiste el nombre
de Padre Nuestro y por qué nos extrañó tanto, tanto.

Sólo ahora sé que cuando los secuestradores
roban todas las huellas del hijo
y no queda ni su olor a naranja silvestre,
entonces, si el padre mira
su propia mano añosa,
descubre la vida entera del hijo
en la propia palma surcada de historias indelebles.
Padre, aquí en el filo del morir,
imploro cuando anochece:
abre tu mano de Dios todopoderoso,
acoge la mano de mi pequeño jazmín,
la hija que me diste en encargo,
duérmela este Viernes Santo
en el corazón secreto de María,
duérmela en esa fortaleza inexpugnable,
en ese jardín rumoroso y tibio,
en esa cuna radiante,
en esa Madre que no se marchita,
duérmela en el manto que el Dragón

no puede rasgar,

duérmela en el corazón de tu Hija Madre

y me basta,

aguardando el instante del encuentro.

Dolor de esposa

Estás, hija, de pie
junto a la cruz del desamor,
estás con el cáliz en alto
junto al Cristo que no tiene nada hermoso,
que sufre ahí, en el madero
como un gusano despreciado.

Nada en la apariencia,
ningún signo de su condición de rey,
todo desmiente su divinidad,
todo contradice su poderío.

Y para ti, ningún consuelo,
la oscuridad entra
por la cuenca de tus ojos
como una jauría de mastines
que quieren devorar
aún el más leve recuerdo
de la luz.

Estás, niña, de pie,
tan mujer, tan madre reina.

Ése que se oculta en la muerte,
ése ya sin gestos de paz y dulzura,
ése que no responde a tu gemido,
ése insosteniblemente silencioso,
ése arropado en el inerte mutismo,
ése que desconoce la caricia de tu pelo
lavándole pies y manos,
ése que es el esposo huido

en el Cantar de los Cantares,
es Jesús
oculto en tu esposo.

Es Jesús
a quien le mendigas
un solo ademán,
un solo brillo en su pupila
dedicado a ti;
es el esposo que te enamoró
y ahora te deja tan solitaria
en el bullicio de las plazas
y en la noche primaveral
cuando todos los manzanos
llaman al amor.

Es Jesús
a quien besaste
con el primer beso de desposada
el día del sacramento.

Es Jesús oculto en tu esposo,
tan oculto como el muerto del Gólgota,
tan lejano
como un viajero interminable.

Es Jesús
que ya ni respira para ti,
es el Señor exangüe
después del lanzazo.

Es Jesús en tu esposo distante.
Es Jesús cuando el esposo no responde,
no busca,
no reconoce tu oferta de ternura
en las azaleas que suspendes
dentro de la brisa.

Es Jesús del Gólgota
en el esposo que deja tu mano tendida,

y tu caricia no puede regalarle
la paloma que quisieras anidar
en su alma como antaño.

Por eso estás de pie
junto a la cruz del desamor.

Hoy no te recrimines ya más,
deja las preguntas del examen
para que las conteste la misericordia
del Padre del hijo pródigo.

Deja tu debilidad en el manto
de ese Padre que te hunde en su pecho
para cobijarte en la fortaleza de su sangre.

Ahora basta con que levantes
el cáliz rumoroso
de tus manos de novia.

Ahora basta con que ardas
como un cirio callado
junto al esposo
que se ha dormido tan distante.
"Como la esposa anhela
muestras de amor
y la cierva los manantiales"
escribió el profeta en tiempos de llanto.

Tú eres cierva herida en el costado
y eres esposa sedienta en los arenales.

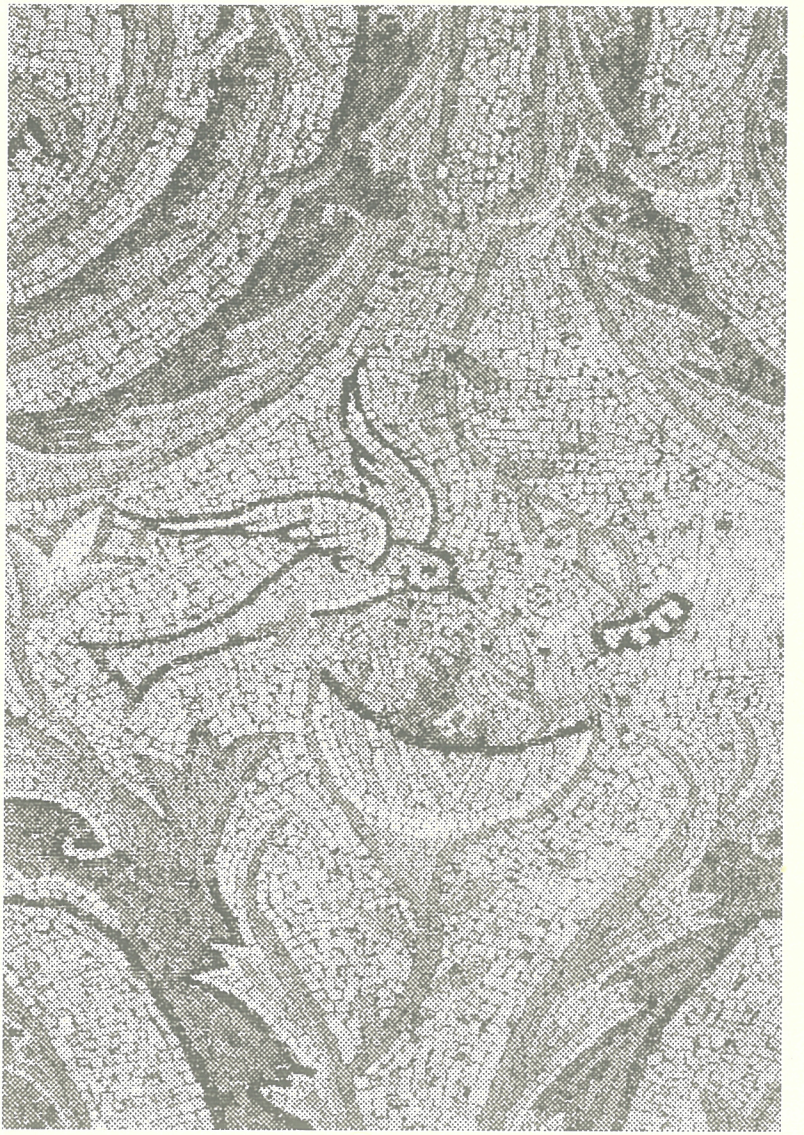
Pero si eres fiel a ese cáliz viviente
que, como María, se levanta
de pie junto a la Cruz,
si eres fiel, ya estás renaciendo
ya eres reina resurrecta y victoriosa,
ya entras a la tienda
de las bodas del Caná nuevo,

donde el vino de la alegría
correrá como un torrente
en todos los vasos erguidos.

Si eres fiel,
ya ha comenzado el abrazo
con Cristo Rey
y con tu esposo sacramental.

Si eres fiel
como una virgen
en la soledad consagrada,
si amas al Jesús invisible,
inaudible, inasible,
si lo amas en tu esposo,
sin bajar el cáliz,
si eres esposa virgen en la fe
ya estás rescatando al esposo de alma
y carne
ganándolo para Cristo y para ti.

No sabrás el día ni el paraje,
pero lo recobrarás
en el esplendor nupcial
de los manzanos en primavera,
como María
recobró a Jesús bajo los toldos
del trono solar de la gloria.





Canciones de la niña y de los montes

(leves entonaciones del valle y de la cumbre)

Vamos, Jesús Peregrino

Soy, Hortelano, tu viña,
la ovejita de tus brazos,
soy de tus ojos la niña,
tenue alegría en tus pasos.

Nos estrecha, forastero,
Pan y Vino de añoranza,
hacia el Padre va el sendero,
paso a paso en la esperanza.

Ampárame con María
bajo el ala de tu manto,
para andar tu romería,
dame tu Espíritu Santo.

Nos estrecha, forastero,
Pan y Vino de añoranza,
hacia el Padre va el sendero,
paso a paso en la esperanza.

Buen Pastor, Rey Soberano,
único vivo Camino,
toma el temblor de mi mano,
vamos, Jesús Peregrino.

Nos estrecha, forastero,
Pan y Vino de añoranza,
hacia el Padre va el sendero,
paso a paso en la esperanza.

Reencendida

Por el valle titila
la lucecita

cuando canta y camina
la dulce niña

(en su alerta sonrisa
el ojo brilla)

si de invierno olvida
su azul vigilia

la apagada pupila
besa María

toda la noche es día
pascua florida

con su llama purísima
arde la niña.

Pena, penita

(niña, si te pones triste)

Pena, penita,
¿sabes tú
quién no te olvida?

Cerca, cerquita,
de Jesús,
sufre María.

Cerca, cerquita,

de tu cruz,

ella respira.

Cerca, cerquita,

de su luz,

llora tu herida.

Cerca, cerquita,

de Emaús,

ella te mira.

Cerca, cerquita...

todo azul,

un nuevo día.

Canción de cuna de Jesús cardiólogo

Oigo y siento,

corazoncito,

te duele el miedo

tu medicina,

cielito mío,

será la vida

sin que lo creas,

mi tesorito,

cuando tú veas:

a tu amor nadie,

pájaro herido,

le roba el aire

si eres un vaso,

corazoncito,

bajo mi manto.

Canción de la niña adoptada en Rumania

(un mes después de llegar Christine)

- ¿fue silencio cuando vine?
- no, fue la fiesta, Christine

canto de ángeles con flauta,

paz de estrellas bajo el viento,

fue Belén y alegre pino,

Noche Buena en un enero

- ¿tú dormías cuando vine?

- no, yo vibraba, Christine

como tiembla junto al río

la guitarra del cerezo,

titilaba toda mi alma

con los cirios del invierno

- ¿él velaba cuando vine?

- no, él sembraba, Christine

a la casa sobre Roca

y al jazmín dentro del pecho,

los hundió hondo tu padre

con tu nombre de sol nuevo

- ¿Dios miraba cuando vine?

- no, Dios te trajo, Christine

quien contó tu cabellera
con amor de su misterio,
quien dio mar a nuestros brazos
fue el Padre de los cielos.

A María de los Ángeles en su bautismo

El Padre besa

tres azucenas,

María breve,

chilena en Blessem.

María trina,

eres su niña,

tú la princesa

de virgen Reina.

Rafael guíe

por los confines

tu vida nueva

de paz angélica,

Gabriel te anuncie

sol entre nubes,

Miguel te ampare,

María Arcángel.

Ay, Bellavista, ay

Ay, qué lindo el Santuario
al pie de la cordillera,
ay, cuando la cruz de Mario
florece como una higuera.

Que la Reina ate y ate,
ay, Bellavista, ay,
al corazón mientras late.

Ay, qué lindo el relicario:
el cáliz junto a la Herida,
ay, arriba del Calvario
del pecho brota la vida.

Que la Reina ate y ate,
ay, Bellavista, ay,
al corazón mientras late.

Ay, qué lindo el campanario
que el padre José bendijo,
ay, de aromo este canario
que canta con voz de hijo.

Que la Reina ate y ate,
ay, Bellavista, ay,
al corazón mientras late.

Ay, qué lindo el calendario
del Pentecostés de mayo,
ay, cómo arde el lampadario
con llamita sin desmayo.

Que la Reina no desate,
ay, Bellavista, ay,
al corazón cuando late.

Canción de la niña y la garza

Entre luna y viento,
cual azahar que volara,
trae tu alma, niña,
el volar de la garza.

El volar de la garza
dice que cantas nieve,
dice que son dos alas,
dice que vienes sola,
dice que el sol te llama.

El volar de la garza

sabe cómo el estero,

sabe dónde tu danza,

sabe cuánta la nube,

sabe cuál esmeralda.

El volar de la garza

abre bosques del aire,

abre trenzas del agua,

abre voz a tus ojos,

abre nido en el alba.

El volar de la garza

sueña torres de juego,

sueña sal de campanas,

sueña puerto del Padre...

El volar de la garza

sueña y siente, siente y sabe

que eres niña coronada.

La hija está lejos

¿Con cuál luz la bendigo,
Niño Jesús de Praga?
¿Cómo tiendo su cuna
en el dolor de esta daga?
¿Cómo pido a la alondra
que el camino deshaga?
¿Cómo envuelvo a tu niña
en el hondón de mi llaga?

Arrurríes del pescador

Arrurrú, mi niña,
arrurrú, mi bien,
la mantilla es blanca,
sangre mi querer.

Arrurrú, mi niña,
duérmete, mi sed;
bajo esta manta,
deja de temer.

Arrurrú, mi niña,
mil es más que cien,
voz de la guitarra
es tu San José.

Arrurrú, mi niña,
son las nubes tren,
luna que no pasa
es tu Madre fiel.

Arrurrú, mi niña,
pez de amanecer,
que ya viene el alba,
duérmete en mi red.

Arrurrú, mi niña,
arrurrú, mi sien,
duérmete en el Alma
de tu Padre Rey.

Sol de Navidad

Oye, canta y mira,
canta y cantaremos,
nos trae María
Sol del Padre eterno.

La blanca estrellita
baja de los cielos,
del Sol revestida
en el pleno invierno.

La dulce estrellita,
como un pensamiento,

quedóse dormida
en un árbol negro.

Oye, canta y mira,
canta y cantaremos,
nos trae María
Sol del Padre eterno.

La suave estrellita,
brillando en tus sueños...
la estrella es María,
tú, el árbol seco.

La Virgen María
besa tu tronco viejo,
tu noche es el día,
ya tu árbol es nuevo.

Oye, canta y mira,
canta y cantaremos,
nos trae María
Sol del Padre eterno.

Girasol de Belén, cuatro rondas

¿Dónde tu inmaculada brújula
ya lo adivina?
¿Dónde giran tus pétalos,
niña María?
¿Dónde tu entraña virgen
tan encendida?

Belén de Herodes
¡Dios que respira!
Noche de alas

¡Niño es el día!
Belén de establo
¡Rey en la brisa!

Do acalla un vagido
toda mentira,
do las siete lágrimas:
nada y sonrisa,
do la rueda no ronda
para sí misma.

Todo el reloj,
José y mejilla.
Hijo en la sed,
leche tan tibia.
Gorjea el Sol,
gira María.

Mil y mil desde Belén

(para el umbral hacia el tercer mil)

Por rescatar a su viña,
antes de mil y de mil,
de la entraña más niña,
brota invicta la Vid.

Desde el Padre y el Viento,
trae en mojadas raíces
yemas a cada sarmiento,
gajos que un llanto desviste.

Por rescatar a su viña,
antes de mil y de mil,
de la entraña más niña,
brota invicta la Vid.

¿Puede abrir primavera
labio de cántaro herido?
¿puede sin Vid verdadera
dar dulce gozo el racimo?

Por rescatar a su viña,
antes de mil y de mil,
de la entraña más niña,
brota invicta la Vid.

Hoy el reloj del adviento
marca albricias de fuego:
¡son la Vid y el sarmiento
vino del único Cuerpo!

Por rescatar a su viña,
antes de mil y de mil,
de la entraña más niña,
brota invicta la Vid.

Ya la ternura más niña
tiempo dio al Verbo sin fin.
Sombra de cuna en la viña,
águilas mecen la Vid...

Burrito del Monte Tabor

Brújula olorosa tiene
el burrito del Tabor,
a las nubes descorre
con la llave del fulgor.

Trota bajo encinas
para hincarse en Nazaret,
toma por carga a la Luna
y al Sol de Genesaret.

Como pez de plata
por el jardín del Jordán,
lleva a Luna y Solcito
a Belén, casa del Pan.

María busca en la noche
el más puro pañal,
el asno le ofrece aliento
como pétalo de cal.

Sabe Herodes del Niño,
de Herodes sabe José,
a Egipto trota el asno,
según ordena la fe.

Bajo palmas y olivos
va Dios en Jerusalén,
el asnillo es su trono
como cuna de Belén.

Olfateando ya el día
sobre la cruz del horror,
remonta hacia la cumbre
el burrito del Tabor.

Cantarán en la cumbre de Sión

Cuando el trigo se hunda
en los surcos abiertos
y la espiga se muera
como hostia en silencio...

Cantarán las alondras
en la altura de Sión;
cantarán las alondras
en las torres del viento.

Cuando corra la nube
apagando los cielos
y la dulce amapola
sea polvo de invierno...

Cantarán las alondras
en la altura de Sión;
cantarán las alondras
en las torres del viento.

Cuando el Padre nos lave
en la cruz del Cordero
y las túnicas brillen
como albor del lucero...

Cantarán las alondras
en la altura de Sión;
cantarán las alondras
en las torres del viento.

Cuando Cristo retorne
en su gloria de fuego
y María consuele
todo el llanto del Reino...

Cantarán las alondras
en la altura de Sión;
cantarán las alondras
en las torres del viento.

Colofón

Dijeron algo radiante al sacerdote, también le entregaron zozobras. Ocurrió en la isla de Mallorca, o en una crujiente buhardilla de Vallendar, o en los naranjales diurnos de Málaga, o cerca de la policía de un puerto nórdico en el rescate de una niña. Algún verano, en Bellavista, Cenáculo al reparo de la cordillera de Los Andes. Antes, con los obispos latinoamericanos en Puebla, y en Caacupé, en Brasilia, en el Caribe. En el Museo Diocesano de Viena. Entre Cracovia y Auschwitz, donde aún aleteaba la oración de los moribundos. De Budapest por el Danubio, frente a la tumba de San Esteban de Hungría, cuando un teólogo de Nápoles susurró oraciones trinitarias. Siempre hubo creyentes que traían enseñanzas y chispas. Todo sirvió como materia de diálogo con el Dios vivo. Fue Birgitt Winter quien inauguró de textos las hojas en blanco, lo hizo junto al Rin, en una orfebrería vieja, y después, en su florería romana donde Paul Klee la miraba divertido. Elizabeth Herrera descifró y copió más plegarias sobre un mesón veteado, cerca de un jacarandá santiaguino. Clarita Rivas rescató originales navegantes, dictó, sosegó las hojas bailarinas. Ana María Valenzuela, cuando se ponía de novia, miró en su pantalla las letras, componiendo hermosamente las súplicas y las alabanzas, deslizó las caligrafías y asentó los mosaicos venerables de la Basílica de San Clemente en Roma. Gabriel Ruiz-

Tagle y Loreto donaron una columna de papel. Con tinta de fragancia veloz, Molina Flores imprimió la primera edición. Los publica Editorial Patris, cuando la primavera de 1996 se ha tendido a los pies de María Inmaculada, reinante en la cumbre del cerro San Cristóbal en Santiago de Chile. Faltan apenas tres estaciones florales para la del año 2000 de la Redención. Ya estamos en 1997, Año de Cristo.



Plegarias de hijo

P. Joaquín Alliende Luco

"Les invito a orar, oren siempre, sin interrupción", nos incita el Apóstol Pablo. Pero ¿cómo sostener el diálogo amoroso, filial, con el Dios vivo, en toda circunstancia? Joaquín Alliende, sacerdote-poeta o poeta-sacerdote, vierte en estas páginas unas plegarias de hijo, tras largo tiempo de acoger preguntas, gozos y dudas, certezas y dolores de un sinnúmero de vidas. Oraciones nacidas en quince años. Hay voces que eran ayudas a alguien cuando intentaba balbucear la fe. Sucede en latitudes muy distintas y en diversos lenguajes. Hay soles disipadores del miedo. Hay dardos de alegría.

